

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LII - Núms. 770-771
AG.-SEPT. 1995

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Durán i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peigro, 8, Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

VERDAGUER: FE Y POESÍA

A.P.M.

LAS DEVOCIONES MARIANAS EN MOSÉN JACINTO VERDAGUER

Gregorio Peña

CANIGÓ. EL TRIUNFO DE LA CRUZ SOBRE EL PAGANISMO

Luis Creus Vidal

JACINTO VERDAGUER Y EL CORAZÓN DE JESÚS

Manuel M^a Doménech Izquierdo

LA BEATA MARGARIDA

VERDAGUER Y SU CASO

P. Ruperto M. de Manresa, ofm cap.

VERDAGUER, TERCARIO FRANCISCANO Y DEVOTO DE NUESTRA SEÑORA DE L'AJUDA

fr. Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

LA PALMERA DE JONQUERES

LOS HOMBRES Y LA ÉPOCA DEL POEMA «CANIGÓ»

J. M. Font Rius

HACIA EL TERCER MILENIO

José María Alsina Roca

ACTUALIDAD DEL PADRE RAMIÈRE

Jorge Soley Climent

LA IGLESIA CATÓLICA Y LOS NACIONALISMOS

Miguel Ferrer Flórez

EL CARDENAL VIDAL Y BARRAQUER Y SU ÉPOCA

José Vives Suriá

GRACIA Y SALVACIÓN. HOMENAJE A BARTOLOMÉ MARÍA XIBERTA, O.C.

Francisco Canals Vidala

CRÓNICA DE LOS «V CURSILLOS DE VERANO RAMON ORLANDIS»

José M^a Manresa i Lamarca

VERDAGUER: FE Y POESÍA

El día 17 de mayo del presente año se cumplían ciento cincuenta del nacimiento del gran sacerdote-poeta, del *Poeta de Cataluña*, Jacinto Verdguer. Es, pues, ocasión obligada, ésta, de avivar el recuerdo y renovar el homenaje al preclaro ingenio que devolvió al idioma catalán el rango de lengua literaria y de cultura. CRISTIANDAD celebra con gozo la efemérides, que viene a ser una invitación a Cataluña a reflexionar sobre su propio pasado, sus raíces, su identidad cultural y social. En efecto, la figura de Verdguer, por su carácter reconocidamente emblemático y fundacional, patrimonio de todos los catalanes y de proyección universal, merece ser conocida y comprendida en la integridad de su talento y su persona, de la orientación y el sentido de su poesía y de su vida. Verdguer lega, con su obra, un mensaje a Cataluña y a España entera, y esa obra y ese mensaje deben ser conocidos. Lo mismo que su obra tiene un valor artístico perenne, su mensaje es todavía válido y seguirá siéndolo. Un mensaje claro y profundo, que tenemos obligación de recoger, meditar y pasar a las generaciones que nos sigan, en cuanto que es el mensaje más íntimamente implicado en la poesía primigenia de la lengua catalana moderna.

Para entrar derechamente en el corazón de dicho mensaje, la vida y la producción literaria de *mossèn Cinto* nos ofrecen algunos momentos clave, especialmente significativos. Quizás sea el más notorio de ellos cuando en Ripoll, junto al monasterio que empezaba simbólicamente a restaurarse, Verdguer fue coronado «Poeta de Cataluña» por el entonces obispo de Vic José Morgades. Este gesto no fue de ningún modo un acto circunstancial, debido a la euforia del momento pero de significación pasajera; por el contrario, estaba cargado de intuición y de visión de futuro. Como dice un biógrafo actual del poeta, Ricard Torrents, «Aún hoy los catalanes coronaríamos a Verdguer como poeta de Cataluña». Si lo ponemos al lado de otro —en este caso el último— de los momentos clave de la vida de Verdguer, su multitudinario entierro, lo que decimos queda bien corroborado. Nunca se había visto en Barcelona cosa igual, nos dicen los cronistas de la época. Aquel 13 de junio de 1902, los barceloneses salieron a la calle en un tremendo, silencioso, impresionante testimonio de fervor unánime hacia el finado poeta, en el que quedaban a un lado todas las diferencias de condición, de partido, de ideología, etc.

Pues bien, ¿acaso no dice nada acerca del alma de un pueblo, el hecho de que su poeta más popular y representativo sea precisamente un sacer-

dote? La poesía de cada pueblo, siendo la más sublime flor del idioma, es símbolo natural de la idiosincracia, de la historia, de la cultura entera de ese pueblo. Por ello, el íntimo hermanamiento de poesía y religión que de tan varios modos hallamos en Verdaguer, habla por sí sólo de la catolicidad ancestral y connatural a Cataluña. El mensaje que el obispo Torras y Bages acuñó en la frase «Cataluña será cristiana o no será» es también el que leemos en Verdaguer expresado en mil diversas formas, con sólo que leamos libres de prejuicios.

En *Canigó*, una cumbre en su producción, enlazando fábula e historia, Verdaguer nos presenta la Cataluña naciente bajo el signo de la cruz, en lucha a la vez contra el Islam y desterrando de sus tierras la superstición y el paganismo. En cuanto a la Cataluña moderna, repetidamente la exhorta a guardar su fe y a cumplir sus deberes con Dios, y nos recuerda, con ese espléndido verso que concluye su no menos célebre oda «A Barcelona»:

«*Qui enfonça o alça els pobles, és Déu que els ha
[creat.]*»

Esta visión providencialista de la historia es la misma que domina el primero de los grandes poemas épicos de Verdaguer, el que constituye otro de los mencionados momentos significativos de su vida y de su obra, cronológicamente el primero: la presentación y premio de *L'Atlàntida* en los Juegos Florales de 1877. Con esta obra, que se tradujo a varios idiomas, alcanzaba definitivamente Verdaguer el reconocimiento de poeta de primera fila. *L'Atlàntida*, además, es el primer fruto digno

de mención de la *Renaixença* catalana. Y sin embargo, *L'Atlàntida* no es un poema de tema específicamente catalán, sino decididamente español. Nada hay en el sentir de nuestro poeta, ni en el de los catalanes que se entusiasmaron con su obra, de esos recelos y resentimientos hacia lo español que el catalanismo de hoy tanto alimenta. No sólo la insinceridad de esos recelos, también su carácter disolvente y poco cristiano, salen a la luz en el contraste con el límpido y noble hispanismo de Verdaguer.

Frente al hecho de que, al tratar el presente aniversario, alguna prensa barcelonesa ceda a su inclinación malsana a destacar un episodio oscuro en la vida del sacerdote y poeta, relegando lo que verdaderamente tiene interés como si hoy ya no lo tuviera, nosotros preferimos tomar el partido de lo substancial y sabroso, siguiendo nuestra norma de atender a lo esencial y no confundirlo con lo anecdótico o accesorio. El sacerdote Jacinto Verdaguer que, fiel a la Iglesia, creía firmemente en la existencia del diablo y quiso enfrentarse valerosamente a sus artimañas, se vio envuelto por éste en un conflicto lamentable, destinado a sembrar cizaña en la prometedora armonía de cultura y religión que con nuestro vate se auguraba. Sin embargo, nada permite Dios que no sea para mayor bien, y, al menos desde el punto de vista de la cultura y la historia, quizás el final resultado de aquel episodio no fue sino potenciar y generalizar el cariño y la veneración de todos los catalanes por su gran poeta, Mn. Cinto Verdaguer.

A.P.M.

RAZÓN DE ESTE NÚMERO

Tal como recordamos en el editorial que abre el presente número, este año se cumple el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Jacinto Verdaguer, nuestro *mossèn Cinto*, el más grande poeta que ha tenido Cataluña. Al dedicarle las páginas que siguen, CRISTIANDAD no pretende participar en un trámite «de obligado cumplimiento» cultural o social, sino que se mantiene fiel a una larga tradición —prácticamente tan larga como su propia historia—, que nació del aprecio y la admiración que el padre Orlandis sentía por el poeta de Folgueroles y que compartía con quienes formaban el grupo fundacional. Obviamente, el aprecio y la admiración se referían a la persona y a la obra de quien supo tratar con alma y corazón de poeta sublime los temas nucleares de la revista: los ideales de la Cristiandad, la extensión del

Reino de Cristo, la devoción al Sagrado Corazón, la vocación cristiana de Cataluña y de España, la piedad popular, la devoción mariana...

No es, por tanto, extraño que en agosto de 1945 —había transcurrido poco más de un año de la aparición de CRISTIANDAD— se publicara ya un número de la revista dedicado al poeta, en el que colaboraron, entre otros, María Antonia Salvà, Manuel de Montoliu y Ramón Rucabado. Siete años más tarde (setiembre de 1952), se insistía en el tema del *Canigó*, la epopeya de la victoria del cristianismo sobre el paganismo. Y, por supuesto, «Lo somni de Sant Joan», tan propio de CRISTIANDAD, ha sido evocado más de una vez.

A los citados números pertenecen los artículos firmados por Luis Creus Vidal y José María Font Rius, que reproducimos de forma fragmentaria.

LAS DEVOCIONES MARIANAS EN MOSÉN JACINTO VERDAGUER

Gregorio Peña

Mosén Jacinto Verdaguer es un extraordinario poeta que ha plasmado en su obra los más delicados sentimientos y pensamientos de una persona profundamente cristiana. Sus poemas son una musical catequesis que con humildad y sencillez transmite la fe católica que este poeta de pueblo ha bebido en el calor popular.

Todos los misterios de nuestra Fe tienen dedicado algún poema;¹ también la moral evangélica se nos incita en «Veus del Bon Pastor»;² además, abundan los poemas que son una fervorosa plegaria a los Santos de la Iglesia.³

Con todo, hay dos temas que destacan en la devoción que aparece en los poemas de Jacinto Verdaguer: el Sagrado Corazón y la Virgen María. Aquí vamos a recordar algunos de los poemas dedicados a la Virgen.

En el cántico «L'Estrella de Maig»⁴ Verdaguer, haciendo recuento de las diversas situaciones en las que un cristiano puede encontrarse: alma pura, alma tentada, joven que busca la perfección, pecador que busca a Dios, labrador que espera la cosecha, ...a todos recomienda: «mira l'Estrella, corre a Maria»⁵ y acaba el poema diciendo:

Espanya, Espanya, del món regina,
alça't, no dormis en tes ruïnes,
al sol de glòria bella alba et crida:
mira l'Estrella, corre a Maria.

Món que rodoles cap a l'abisme,
d'ençà que negre serpent t'hi lliga,
vols que la xafe qui l'ha ferida?
Mira l'Estrella, corre a Maria.⁶

1. «Càntics», p. 521-544. Todos los textos del poeta están sacados de Jacint Verdaguer: *Obres Completes*. Editorial Selecta. Barcelona. Quinta edición. 1974.

2. Pg. 521-544.

3. «Lo somni de Sant Joan», p. 279-297

4. P. 234.

5. Mira la Estrella, corre a María.

6. España. España, del mundo reina, levántate, no duermas en tus ruinas, al sol de gloria bello amanecer te llama: mira la Estrella, corre a María. Mundo que ruedas hacia el abismo, desde que negra serpiente te liga, ¿quieres que la aplaste aquella a quien ha herido? Mira la Estrella, corre a María.

La Inmaculada

La obra poética de Verdaguer está rebotante de poemas dedicados a la Virgen bajo diversas advocaciones: la «Mare de Deu de Montserrat»⁷ patrona de Cataluña; la Virgen del Mont,⁸ la Virgen de la Gleva,⁹ la Virgen de la Mercè,¹⁰ Nuestra Señora de Gracia,¹¹ etc. patronas de diversos lugares de Cataluña; la Virgen de los Dolores,¹² la Asunción,¹³ la Virgen del Rosario,¹⁴ el Corazón de María.¹⁵ Pero la advocación más profusamente presente es la Inmaculada Concepción de la Virgen. La proclamación solemne en 1854, por el Papa Pío IX, del dogma de la Inmaculada Concepción de María debió de ser muy intensamente vivido por el niño y el joven Jacinto.

Es muy destacable el «Cantic»: «A la Immaculada. Patrona d'Espanya»¹⁶

Oh Verge immaculada,
per vostra concepció,
d'Espanya Reina amada,
salvau vostra nació.

Siglos antes de que Pío IX proclamase el dogma de la Inmaculada, ya era popularmente muy venerado en la Iglesia este misterio. El Reino Católico de España tan gran aprecio tuvo del misterio que proclamó a la Inmaculada su Santa Patrona.

Quan sa Reina era Maria,
nostre regne era el més gran,
sa bandera el món cobria
des d'Amèrica a Lepant.
Si a regnar torna Maria,
ses grandeses tomaran.

7. Pp. 147-200.

8. Reina de l'Empordà, p. 212.

9. Patrona de la Plana de Vic, p. 213.

10. Patrona de Barcelona, p. 216.

11. «Goigs de Nostra Senyora de Gràcia» de la Iglesia de Orís. p. 232.

12. Pp. 121, 538.

13. Pp. 214, 236.

14. P. 547.

15. Pp. 530, 543.

16. P. 219. Oh Virgen Inmaculada, por vuestra Concepción, de España Reina amada, salvad vuestra nación.

Vós d'Espanya sou la glòria,
Vós lo Sol del Principat;
nostra pàtria i nostra història
Vós, oh Verge, ens ho heu donat;
tronos són de vostra glòria
Covadonga i Montserrat.

Patrimoni ets de Maria
oh d'Espanya hermós país!
mes avui l'error hi nia
que et farà poble infeliç.
Oh! xafau-li el cap, Maria,
que és la serp del paradís.¹⁷

Esta devoción, tan querida en el reino de España y en toda la Iglesia, había tenido un humilde y escondido germen en la orden franciscana. Verdaguer, de corazón franciscano (en su primera juventud había deseado hacerse fraile franciscano), dedicó todo un conjunto de poemas narrativos a «Sant Francesc».¹⁸ De entre ellos hay uno titulado: «La Inmaculada Concepció». Comienza así:

De genolls davant l'altar
la nit de la Inmaculada,
de l'èxtasis està pres
un fill de l'Ordre seràfica.¹⁹

En 1900 Verdaguer acompañó una peregrinación a Lourdes, lugar en donde en 1858 se había aparecido la Inmaculada Concepción. Con esta ocasión Verdaguer compuso un «Cántico a la Virgen de Lourdes».²⁰

Montserrat

La devoción a la Virgen de Montserrat ocupa un lugar importante en la obra de Verdaguer; tanto es así que el poeta dedicó todo un conjunto de poemas narrativos a «Montserrat». Incluye: leyendas de Montserrat, canciones de Montserrat y odas («A la Reina de Catalunya», «A la Verge de Montserrat», ...). Es de significar que la

17. Cuando María era su Reina, nuestro reino era el más grande, su bandera cubría el mundo desde América a Lepanto. Si vuelve a reinar María, sus grandezas volverán.

Vos de España sois la gloria, Vos el Sol del Principado; nuestra patria y nuestra historia Vos, oh Virgen, nos lo habéis dado: tronos son de vuestra gloria Covadonga y Montserrat.

Patrimonio eres de María, oh España, hermoso país! Pero hoy allí anida el error que te ará pueblo infeliz. Oh! aplastadle la cabeza, María, que es la serpiente del paraíso.

18. Pp. 241-277.

19. P. 274. Ante el altar de rodillas la noche de la Inmaculada, preso en éxtasis está un hijo de la Orden seráfica.

20. Pp. 238-239.

devoción a la Virgen de Montserrat la asimila Verdaguer a la devoción a la Inmaculada. En un poema, dentro del conjunto «Pàtria», titulado: «A la Verge de Montserrat», leemos:

Vostre blau mantell és gran,
és més gran que l'estrellada;
puix ne sou Reina gentil,
abrigau la nostra Pàtria.

Vostre blau mantell és gran;
emmantellau ses germanes,
a València en son verger,
en sa mar l'Illa Daurada.

Vostre blau mantell és gran;
abrigau tota l'Espanya,
lo regne de vostre amor,
com un niuet sota l'ala.²¹

Pero, sin duda, la más popular de todas las obras de Verdaguer es el «Virolai».

Rosa d'abril, Morena de la serra,
de Montserrat Estel,
il.luminau la catalana terra;
guiiau-nos cap al cel.²²

Virolai es el nombre genérico que se da a un antiguo tipo de composición poética a la que se pone música. Pero el término «virolai» también se puede referir a los colores varios y vivos de alguna cosa. Es así el «Virolai» de Montserrat como un ramillete de flores varias y de vivo color que Verdaguer ofrece a la Virgen.

Junto al «Virolai» encontramos otras muchas «Cançons de Montserrat» también muy populares: el «Himne del mil.lenari»,²³ la «Salve dels Monjos»,²⁴ la «Cançó de la Moreneta»,²⁵ el «Himne de la coronació»,²⁶ los «Goigs de Nostra Senyora de Montserrat».²⁷

21. Vuestro azul manto es grande, más grande que el firmamento estrellado; ya que sois Reina gentil, abrigad la patria nuestra.

Vuestro azul manto es grande; abrigad a sus hermanas, a Valencia en su vergel, en su mar la Isla Dorada.

Vuestro azul manto es grande; abrigad toda España, el reino de vuestro amor, como un nido bajo el ala.

22. P. 181. Rosa de abril, Morena de la sierra, de Montserrat Estrella, iluminad la catalana tierra; llevadnos hacia el cielo.

23. Milenario de la fundación de Montserrat, p. 181.

24. P. 185.

25. P. 186.

26. P. 193.

27. P. 193.

El Santo Rosario

Aunque no por su extensión sí por la intensidad de la devoción merecen un comentario especial los versos dedicados al Santo Rosario. En cuatro «Cánticos» seguidos: «Lo Sant Rosari», «Misteris de goig», «Misteris de Dolor» y «Misteris de glòria»,²⁸ el poeta hace primero una catequesis sobre el Santo Rosario, hablándonos de Santo Domingo y de la victoria, gracias al Santo Rosario, en la batalla de Lepanto; haciendo un paralelismo entre aquellos peligrosos momentos que la Iglesia vivió y la contemporaneidad dice:

Lo dimoni en guerra
torna a alçar la terra
contra Déu etern;
amb eixa arma forta
que la Verge ens porta
llencem-lo a l'infern!²⁹

Verdaguer además nos da una meditación sobre cada uno de los quince misterios del Rosario. Todas estas meditaciones tienen la misma estructura: primero enuncia el misterio y después saca una consecuencia para la vida espiritual del cristiano. Vamos a ver dos ejemplos:

Segon misteri de goig:

A la vostra cosina
quan visitàreu,
de dons i llum divina
la coronàreu.
Visita molt ditxosa
la de Maria,
per lo cor que la gosa
font d'alegria.³⁰

Quint misteri de glòria:

De Reina l'Etern Pare
corona us posa;
lo Fill vos diu sa Mare,
l'Amor sa Esposa.

28. Pp. 217-219.

29. El demonio en guerra vuelve a alzar la tierra contra Dios eterno; con ese arma fuerte que nos trae la Virgen ¡lancémoslo al infierno!

30. A vuestra prima cuando la visitasteis, de dones y luz divina la coronasteis. Visita muy dichosa la de María, para el corazón que la desea es fuente de alegría.



Que per lo Sant Rosari,
Verge Maria,
amb Vós pugam pujar-hi,
al Cel un dia.³¹

Todos los poemas dedicados al Santo Rosario insisten en una misma idea:

Corona de roses
si a la Verge fem,
corona de roses
en lo Cel tindrem.³²

Puix és breviari
del pobre fidel;
Resem lo Rosari
per pujar al cel.³³

31. De Reina el Eterno Padre corona os pone; el Hijo os llama Madre, el Amor os llama Esposa. Que por el Santo Rosario Virgen María, con Vos podamos subir al Cielo un día.

32. Es el estribillo de dos poemas casi idénticos: El «Cantic» «Lo Sant Rosari» (p. 217), y una de las «Flors de Maria» titulada «Corona de Roses» (p. 744). Corona de rosas si hacemos a la Virgen, corona de rosas tendremos en el cielo.

33. Ya que es breviario de los pobres fieles; recemos el rosario para subir al cielo. (En «Veus del Bon Pastor», el poema titulado «Lo Rosari» p. 537).

CANIGÓ

EL TRIUNFO DE LA CRUZ SOBRE EL PAGANISMO

Luis Creus Vidal

«... *La idea de presentar la Civilización cristiana coronando los Pirineos con la Cruz y disipando las supersticiones paganas que reinaban en estos Valles me parece feliz y poética...*

Le felicito de todo corazón por esta obra tan bella, tan audaz y tan grandiosa, y felicito por ella a Cataluña y a la literatura española... »

(Fragmentos de la carta de Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, 25 enero 1876)

Menéndez Pelayo, con su autoridad, testimonia y señala en estas líneas cuál es la idea que debe considerarse como auténtica inspiratriz de la epopeya verdagueriana.

El triunfo de la Cruz. He aquí lo que constituye su objetivo, su verdadera «causa final». El triunfo pirenaico de la Cruz. El triunfo de la Cruz en Cataluña, en los albores de la Reconquista.

Como este triunfo, en toda España y allende los mares, es el objetivo, la verdadera «causa final» del otro gran poema hermano: «La Atlántida».

* * *

Otra mente autorizada, la del traductor al francés de Verdaguer, Tolrá de Bordás, expresa sobre su epopeya esta reflexión profunda —en ocasión del análisis literario a que documentadamente la somete— que coincide con la del gran polígrafo castellano:

«*Quel est le sujet? La lutte de l'erreur contre la vérité qui triomph...* L'idée inspiratrice, nous l'avons déjà dit, est essentiellement religieuse, ainsi que le dénouement le montre d'une manière éclatante; et c'est pour localiser son action principale que le poète a dû faire choix d'un temps et d'un lieu particuliers: le temps, c'est la dernière invasion des Maures en Roussillon; le lieu, c'est le Canigou, qui est le théâtre des principales scènes et dont il saisit l'occasion de chanter les sites magnifiques et les vieilles légendes... un but unique: le triomphe de la vérité sur l'erreur, obtenu, non point par ce patriotisme faux et factice, qui, au nom d'un prétendu progrès, agite trop souvent et bouleverse l'humanité, mais bien par ce patriotisme qui, s'inspirant du sentiment chrétien, enfante le vrai progrès, à l'ombre de la Croix de Jésus-Christ. Le

dernier chant proclame et justifie ce but élevé, en donnant l'explication vraie du sujet.»

No creemos pueda decirse más en tan breves líneas. He aquí la meta suprema a la que tendía el numen poético del primero de los vates catalanes, meta que daba unidad a la a veces desconcertante pero siempre ubérrima catarata de la fresca y profunda imaginación del poeta, creadora de tanta diversidad de estilos, de metros, que no hacen sino corresponder, en el Poema —cual cinta cinematográfica— a la heterogeneidad geográfica e histórica que presenta la gigante cordillera, cuya frente marca el poeta con un signo más alto que sus propios picos, con el signo de la Cruz.

* * *

Las tinieblas del Paganismo no invadieron menos esta entidad que hoy llamamos Occidente, que el resto del mundo, desde la refinada y culta Grecia, hasta la última y más degenerada tribu africana.

Hoy nos es cada día más difícil —pese a la decadencia de nuestros tiempos— tener idea de la profunda degradación del mundo antiguo, bajo este misterio espantoso que conocemos con el nombre de Idolatría, consecuencia directa y profunda del pecado original. Si nuestros primeros padres, al querer ser como Dios, lograron sólo descender al nivel de la bestia, su vencedor, en cambio, la serpiente, hasta un cierto punto, sacó de su temporal victoria el fruto apetecido, el suplantar a Dios en los homenajes de los hombres. Ella —Satanás— comportó con sus precisas huestes su falso triunfo: sus secuaces, los inmortales maldecidos, fueron, por insania del hombre, convertidos en deidades.

En realidad la lucha del Cristianismo contra el Paganismo decadente perduró durante el primer milenio entero. Era el plan de Dios que el segundo presenciara el triunfo de la Iglesia, y tal designio presidía, sin duda ninguna, los caminos medioevales. Mas la gran Apostasía del Renacimiento y de la Reforma lo impidió: tema éste que, por ser uno de los favoritos de nuestra Revista, no constituye, aquí, el objeto del presente trabajo.

Y acabamos de ver que este triunfo de la Cruz, precisamente hacia el fin de aquel Milenio, en ocasión de una de las últimas reacciones de la Morisma, es digno objetivo de la gigantesca epopeya verdagueriana.

Culmina, por tanto, el Poema, con la coronación victoriosa del signo del Cristianismo en la nevada frente del monte rosellonés, ahuyentando para siempre de sus albos palacios a las hadas, representación del Paganismo agonizante, el cual, con la Morisma citada, constituía la doble arma del infierno. Con ambos formidables elementos —la vuptuosidad y la violencia, la carne y el demonio— quería éste impedir a toda costa el avance definitivo de la Civilización de Cristo.

No es Verdaguer el único en admirar la acción de estas dos terribles armas que el Abismo esgrimiera en su desesperación.

Así Navarro Villoslada, en su insigne novela «Amaya», nos presenta los restos del Paganismo vasco decadente y sus últimas reacciones, en tanto amaga, remontando la Ribera, el enemigo violento del nombre cristiano, el Sarraceno. Desde la cima de Aralar, no santificada todavía por la presencia del Arcángel Miguel, la saga, en noche de plenilunio, señala aún a Teodosio las lejanas y blanquecinas cimas bajo cuyo seno el Irati y el Roncal tienen su fuente: «... son los floridos vergeles de Maitagarri!!», exclama la hija de Aitor intentando sobreponerse a la poca fe del creyente vacilante. También, coronando los valles catalanes, en el antípoda de la cordillera grande, brillan a la luz del nocturno astro las cabecezas del Noguera y del Valira, bajo el carro alado de Flordeneu y de Gentil, oyendo el susurro de los lagos de Tristany que, uno a otro, vierten entre sí sus claras aguas:

Vessant-se l d'un a l'altre amb dolç murmuri
los tres llacs de Tristany són més hermosos;
Puig d'Alba y Fontargent més blanquinosos
amb llur brial de neu que mai se fon.
Les valls d'Ordino y d'Incles són més plenes
d'harmonies, de somnis y misteri
als raigs que deixa ploure l'hemisferi,
ala serena de qui cova el món.¹

¡Flordeneu! la reina de las hadas, he aquí la destinada por el Averno para emplear sus gracias encadenando a Gentil, el hijo de Tallafarro, el héroe de la Cristiandad. El doncel ídolo y esperanza de las huestes cristianas. El simbolismo de esta Lucha no puede ser más vivo.

[...]

Doblemente culpable Gentil, no sólo cae en la tenta-

1. Vertiéndose uno a otro, murmurando, los tres lagos de Tristany son más hermosos, Puig d'Alba y Fontargent más luminosos en sus neveros perpetuos. Los valles de Ordino y de Incles están llenos de armonía, de sueño y de misterio, recibiendo del cielo los rayos que proceden de la serena ala que protege al mundo.

ción, sino que la busca: basta para ello el testimonio de su escudero señalándole, como Amagoya a Teodosio, los palacios encantados de las cumbres...

...—Lo que mirau —li diu— no són congestes,
són los mantells d'ermeni de les fades...²

Y sube a Canigó, no como subirán —llorando su muerte, pero esta vez para la vida— los monjes otro día, sino al galope alocado de un corcel demasiado lento para su impaciencia juvenil... Más tarde, ya en pleno encantamiento, será insuficiente la última llamada de su conciencia:

A un signe de la Fada, ses donzelles
amb flocs lo lligan, cintes y garlandes:
—Senyora —ell va dient—, deixau-me lliure;
dos-cents arquers m'esperen a la plana;
si a la luita no els meno ans que el sol isca,
tots dos-cents me diran traïdor a la pàtria.
—És lluita més suau la que t'espera;
és lluita de l'amor, on l'amor guanya;
si és la cadena que et posí trenquívola,
de ferro en tinc, d'argent i d'or encara...³

[...]

...sobre el sepulcro de Gentil clarea una esperanza, cuyo simbolismo, en cierto modo, podemos trasladar a la actual tragedia de la Latinidad, fracasada, no por una gloriosa derrota, sino bajo el peso de la propia decadencia, señalándole que en la vuelta a los Altares tiene una suprema Reserva y una áncora de salvación. Y es que aquél cuyas proezas quedaron inéditas, aquél cuya vergüenza le acompañó en la muerte, tuvo en su tumba lo que no amparara a Sigfrido: la sombra de la Cruz.

Y bajo este signo actúa Aquél que es Todopoderoso. El Mismo que hizo a la Virginitad tan fecunda, ha demostrado mejor aún su omnipotencia concediendo tal fecundidad a la misma muerte... como la concedió a aquella incipiente sociedad cristiana de monjes y guerreros orantes y sollozando:

2. Los que allí veis —le dice—, no son neveros; son los mantos de armiño de las hadas...

3. Obedeciendo una señal del Hada, sus doncellas lo atan dulcemente con cintas y guirnaldas. —Señora— protesta en vano. Dejadme libre. Doscientos arqueros me esperan en el llano. Si antes del amanecer no ven su caudillo, los doscientos me dirán traïdor a la patria.

—Es lucha más suave la que te espera, lucha de amor, donde el amor vence. Si te parece frágil mi cadena, otras tengo aún, de plata y de oro.

... quan veuen sec, sense color ni vida,
aquell cos que es gronxava, com florida
palmera al bes suau del ventijol,
de Besalú la bella flor marcida
quant s'obria tot just als raigs del sol.⁸

Estamos en el entierro de Gentil. No resuenan en él, heroicas, las trompetas wagnerianas, mas sí la voz del Abad Oliva, con su dulce y paternal mirada, recordando, aún cuando a distancia infinita, las miradas de Jesús...

De llarg a llarg l'estenen en la fossa;
més abans d'enterrar sa testa rossa
que besades de goja han arrosat,
l'abat-bisbe mostrant-los-lo amb la crossa:
—Tot —exclama— en lo món es vanitat;

hermosura, plaers, somnis de glòria,
noms que ara aprén per oblidar l'història,
les corones y ceptres, l'or y argent,
tot ho esborra una llosa mortuòria;
cap al no-res tot se n'ho porta el vent.

Mes no tot l'home en lo fossar s'esbulla;
de crisàlide hi deixa la despulla
quan s'enarbora al regne de la llum;
aixís del lliri-joncs que el vent esfulla
al cel s'enlaira el regalat perfum.

Allí a Gentil podrem reveure un dia;
mentres per ell lo càlzer oferia,
en l'aire he vist passar son esperit,
mirant aquella sang que rentaria
son cor de terra pel dolor ferit.⁹

Y la tumba de Gentil fue el cimiento del cenobio de San Martín del Canigó.

* * *

8. Contemplando, sin vida ni color, aquel cuerpo que se balanceaba cual frágil palmera al beso de la brisa: la bella flor de Besalú, marchito ya al abrirse a los rayos del sol.

9. Extienden aquel cuerpo yerto allí en la fosa, más antes de enterrar su rubia cabeza que regaron los besos de una hada, el Abad-Obispo mostrándolo con su báculo: «todo —exclama—, es en el mundo vanidad»;

«hermosura, placer, sueños de gloria, nombres que aprende para olvidar la historia, coronas y cetros, oro y metal, todo lo borra la losa mortuoria, todo lo lleva el viento».

«Mas no todo lo humano se pierde en la fosa; así como la crisálida deja el despojo cuando se eleva al reino de la luz, así de los lirios que el viento despoja se eleva al cielo el perfume delicado».

«Allí podremos volver a ver algún día a Gentil: en tanto por él ofrecía el cáliz, vi elevarse su espíritu contemplando aquella sangre que había lavado su mancha».

Aun cuando no políticamente español, no hay duda de que por ello este cenobio no se halla menos ligado con la historia patria.

¿Es que existe en España algún misterio especial en sus montañas? En la diadema divina que corona su frente, Santuarios —casi siempre de María— parece advertirse algo muy hondo: su valor eminentemente simbólico, que se transmite de generación en generación, con una intensidad que quizá no alcance a explicar el feliz atavismo de una tradición que arranca de los tiempos reculados de la Reconquista de los que distamos ya casi un milenio. Es en los montes donde las Casas del Señor parecen adquirir más legítimamente, si cabe, el carácter de monumentos de la Patria.

Verdaguer, como Poeta de la montaña que es, sin embargo, nos ofrece una especial autoridad para profundizar en el respecto. ¿Qué simbolismo ve él en nuestras sierras?

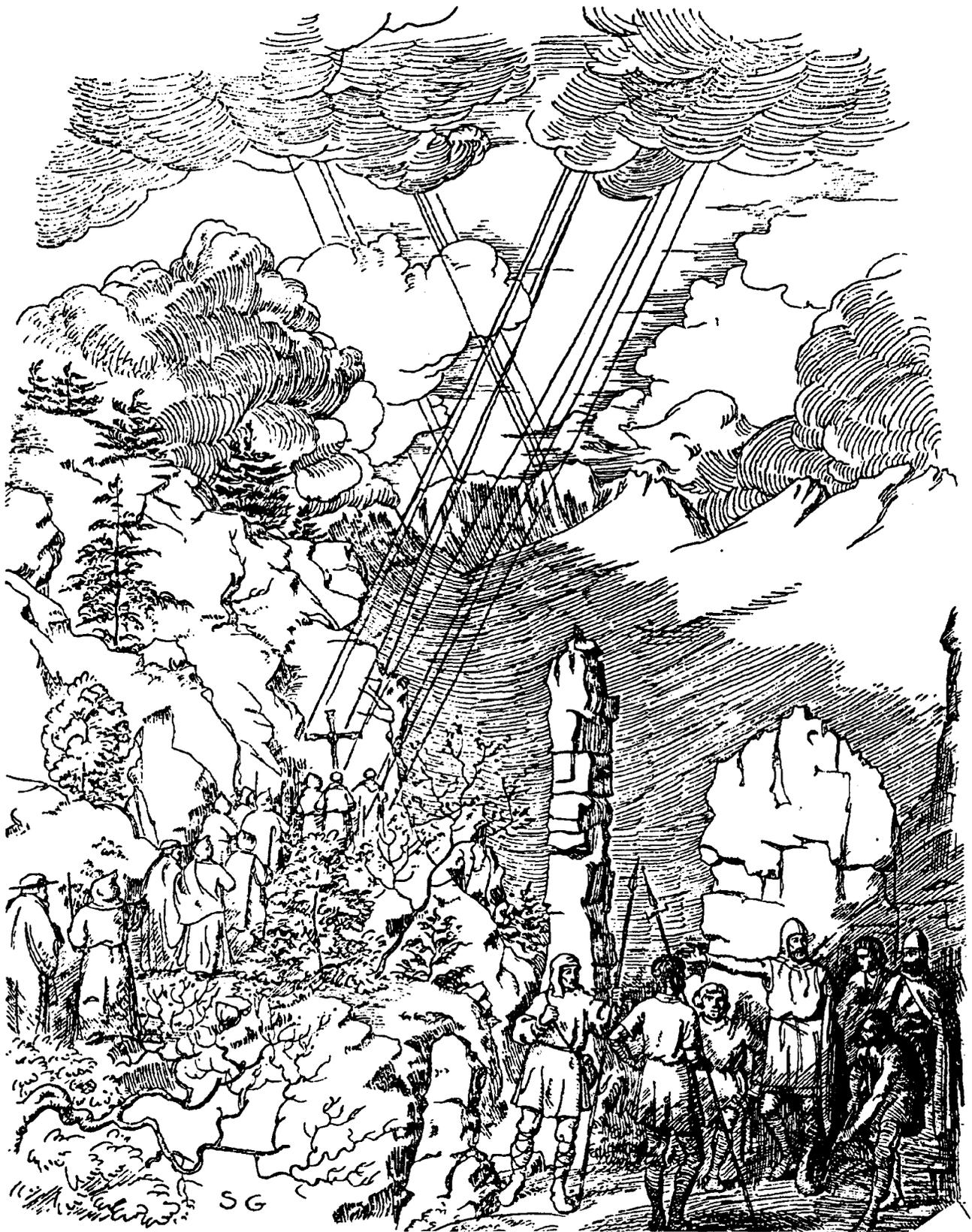
¿Cómo canta, por ejemplo, la más alta de todas ellas, la Maladetta? Ante ella se desata la imponderable inspiración del genio de Folgarolas, prorrumpiendo en aquel canto colosal, miguelangélico, cuyas estrofas cumbres son, sin duda, las siguientes:

Quins crits més horrorosos degué llençar la terra
infantant en ses joves entranyes eixa serra!
que jorns de pernatatre, que nits de gemegar,
per traure a la llum pura del sol eixes montanyes,
del centre de sos cràters, del fons de ses entranyes,
com ones de la mar!¹⁰

Pues bien. De este gran genio, como sucede en todos los de su altura, precisa advertir que su obra —sus obras— son, en cierto modo, una sola, total y única. El autor de «Idilis y Cants Místichs» es el mismo que acabamos de oír ahora, y que en «La Atlántida» nos canta la más tremenda de las catástrofes cósmicas acaecidas desde que Dios formó al hombre a su imagen y semejanza.

Y es en este último Poema, que el mismo poeta, saludando la aparición, sobre las olas en retirada, de la Nueva Hesperia —nuestra España— nos dice, en un arranque supremo, cómo y cuándo cayera aquel gran templo de Cades, que un día Tubal consagrara al Dios desconocido pero presentido, en el momento en que llegó la plenitud de los tiempos...

10. ¡Qué terribles gritos debió lanzar la Tierra al generar en sus jóvenes entrañas esta Sierra! ¡qué jornadas de sufrimientos, qué noches de temblar! para echar a la luz pura del sol estas montañas, del centro de sus cráteres, del fondo de sus entrañas como olas de la mar!



Subida al Canigó

Quant del cel l'Olivera floria en el Calvari,
de genollons lo gran temple caigué davant son Déu,
que per altar volia la terra, i per sagrari,
ditxosa pàtria meva, volia lo cor teu.

I ans que ton Déu, oh Espanya!, t'arrancaràn les serres,
que arrels hi té tan fondes con elles en lo món,
poden tos rius escorre's, venir á mar tes terres,
no l'ull, però, aclucar-s'hi del sol que mai se pon.¹¹

¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!». Es éste el grito, casi salvaje, que brota de la profundidad del alma española que vindica su fe, y que sólo se bate gustosa cuando se trata de la Causa de su Dios. Bien sabe el poeta de la Maladetta de lo abrupto de nuestras sierras, y por lo duro de ellas, bien puede conocer lo que costó a la tierra su parto: «que jorns de pernabatre!, que nits de gemegar!».

Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!». ¡Nuestras montañas! ¿No hallamos ahora, quizá, alguna explicación al misterioso simbolismo a que antes nos hemos referido? ¿No hay algo, en esta atracción hacia nuestros riscos, de la eterna inquietud del alma española que a ningún precio quiere que se la separe de su Dios? «Y huyó Matatías con sus hijos a los montes (Macabeos II-28).» He aquí el secreto de la permanente actualidad de nuestras Montserrat y Covadonga. No es sólo el recuerdo lírico de una tradición heroica, mas ya lejana; es, en cierto modo, y pese a nuestros desfallecimientos y flaquezas, la plasmación de un instinto que no prescribe. Verdaguer otra vez, sabe interpretarlo:

Lo que un segle bastí, l'altre ho aterra;
mes resta sempre'l monument de Deu,
i la tempesta, el torb, l'odi y la guerra,
al Canigó no'l tiraran a terra,
no esbrancaràn per ara el Pirineu.¹²

cuando así acaba «Canigó». «Ni la tempesta, el torb, l'odi y la guerra» derribarán el Pirineo: el monumento de Dios. Los actuales acontecimientos mundiales parecen dar especial vida a esta afirmación. Los monstruosos ejér-

11. Cuando del Cielo el Olivo florecía en el Calvario de rodillas el gran Templo cayó ante su Dios que por altar quería tu tierra, y por sagrario dichosa Patria mia, quería tu corazón.

¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras! Un cuando sus raíces sean hondas como el mundo; pueden secarse tus ríos, hundirse tus tierras, mas no podrá obscurecerse nunca el Sol que jamás se pone.

12. Lo que un siglo fundó, otro destruye; pero queda, perdurable, el Monumento de Dios, y la tempestad, el viento, el odio y la guerra, al Pirineo no echarán jamás por tierra, no lograrán derribar al Canigó.

bitos mecanizados, estos colosos, no han logrado acabar con las guerrillas montañosas. Quizá algún día, justificando aquel ancestral instinto, pueda hallar la civilización cristiana española, por tercera vez, sus catacumbas cabe estos picos que aun son más altos que la arrogancia humana.

«Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!» «... a veces, los grandes poetas, sin darse cuenta, aciertan a dar de sí mismos, en una frase, la mejor definición de su temperamento.» (Montoliu). Algo de esto resuena aquí. En aquel grito el vate no es el que inspira, sino que es el inspirado. Por el sacerdote. Y quizá, en cierto modo, mejor por el antiguo seminarista de aquel viejo y sano plantel levítico del Vich ochocentista. Casi contemporáneo suyo es aquel otro grito, que resonó tantos lustros: «Ruja el infierno.» Adrede incurrimos en el inminente peligro de que se nos aplique nota de cursilería: bien venida sea ésta. De otra parte, no se trata aquí del valor literario del ingenuo himno que desafiaba los bramidos de Satán. En pleno siglo del liberalismo trompetero, no podemos criticar demasiado a nuestros abuelos de que se sirviesen, alguna vez, de la trompeta. Mas el gesto subsiste siempre el mismo. En nuestro siglo, el del liberalismo elegante y «camuflado», bueno es, a nuestra vez, recurrir a la elegancia. Nadie nos achacará falta de ella si acudimos a lo más florido de la musa verdagueriana.

«Antes te arrancarán tus sierras!» No es solamente antisectario este grito. Esencialmente, es antiliberal. Como lo son las raíces más profundas de nuestro ser auténtico, desde que el apóstol Santiago, Hijo del Trueno, posó su planta en las playas de la Nueva Hesperia.

* * *

La «causa final», el objetivo del poema verdagueriano, se corona definitivamente en el Canto XII. Digamos sobre él, para terminar, unas palabras. Es difícil hallar una composición lírica igual, pese a las dificultades del asunto: el «Diálogo lírico» —como ha sido llamado— entre los monjes que toman posesión de la montaña y la ungen subiendo la Santa Cruz a su misma cima, y las hadas que se ven arrojadas de ella, destronadas de su antiguo reino. La amplia alegoría representa, como dice muy bien Tolrá, el triunfo, no sólo del espíritu sobre la materia, sino también de la historia sobre la fábula: conjugadas ambas cosas, de la verdad sobre el error.

La inspiración que ha venido alimentando este colosal Poeta, no sólo no decae, sino que llega a culminar en este Canto final y monumental. Y fluye ya aquí cual catarata cuyas aguas se atropellan. Es un conjunto de voces que el Poeta —se nos antoja— al trasladarlo al papel, debía oír auténticamente, en pleno desorden tempestuoso, simultáneas unas a otras, en forma tal que la escritura no es capaz de reproducir. Que en esto la Música



Gentil y Griselda

supera a la Poesía, por cuanto permite la plasmación de estos paroxismos de simultaneidad de las grandes tragedias y catástrofes, que la tinta y el papel no consienten.

Este Canto ha sido llamado Diálogo. Nada más impropio. El numen de Verdaguer debía recoger, no diálogos, sino imprecaciones. El coro de los monjes no se dirige a las hadas: su himno sacro es de la victoria, que resiste y vence a los elementos desencadenados por las deidades derrotadas. Las hadas no esperan a que los monjes callen: simultáneamente a sus himnos, van sus gritos, sus repetidas imprecaciones, su maldición a veces, sus adioses siempre... Tan sólo embriagando el propio espíritu en este delirio de voces, en esta desatada tempestad de sensaciones, es posible entender lo que a duras penas ha podido confiar a la escritura el vate... Y solamente es en la cima, vencedora ya la Cruz, donde nace, y esta vez para siempre, la calma. «Ave, o Crux, spes unica». Como la madre marca en la frente del infante que guarda en su regazo el signo de la Cruz, así el Abad Oliva clava el signo de Redención en la cúspide

más alta del Rosellón, cuna de un pueblo cuyos destinos lo harán grande. Esta es la apoteosis del monte Canigó y, al propio tiempo, de la epopeya «Canigó» de Mossén Cinto, del mayor de los Vates que las «románticas tierras de pretz y lutzor» jamás produjeran:

Gloria al Senyor! tenim ja pàtria amada,
que altívola és, que forta al despertar!
al Pirineu mireu-la recolzada,
son front al cel, sos peus dintre la mar.
Branda amb son puny la llança poderosa;
lo que ella guanye ho guardarà la Creu;
sobre son pit té sa fillada hermosa
que'ns fa alletar amb fe y amb amor seu.¹³

13. Gloria al Señor; tenemos patria amada. ¡Cuán hidalga es, cuán fuerte al despertar! Miradla apoyada en el alto Pirineo, su frente al cielo, sus plantas en el mar.

Mantiene en su mano la lanza poderosa; cuanto ésta conquiste la Cruz preservará; sobre sus pechos ostenta descendencia hermosa, que con fe y con amor por siempre guardará.

JACINTO VERDAGUER Y EL CORAZÓN DE JESÚS*

Manuel M^a Domenech Izquierdo

Mosén Jacinto Verdaguer, a los 150 años, sigue predicando. Como deseó tantas veces Santa Teresita, también pasa su cielo haciendo bien en la tierra. «De la abundancia del corazón habla la boca» y Jacinto Verdaguer pudo hablar de cosas muy altas porque llegó a buscar la inspiración de su poesía recostándose, como San Juan, en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

Cuántas horas de oración hay detrás de aquella audaz pieza literaria que tituló «Lo somni de Sant Joan» porque consiste en explicar lo que Dios comunicó a San Juan durante la Santa Cena, cuando se recostó sobre el Sagrado Corazón, como si hubiera visto toda la historia de la salvación en las vidas de los santos de todos los tiempos, en un instante de sueño.

A mediados del siglo XIII, precisamente un día de San Juan Evangelista, a la hora de maitines, tuvo Santa Gertrudis la primera gran revelación del amor del Corazón de Jesús.

Cuenta el P. Alcañiz que «como ella experimentase un gozo inefable con las santísimas pulsaciones que hacían latir sin interrupción el Corazón Divino, dijo a San Juan:

—¿Y vos, amado de Dios, no experimentasteis el encanto de estos dulces latidos que tienen para mí en este momento tanta dulzura, cuando estuvisteis recostado en la Cena sobre este pecho bendito? El respondió:

—Confieso que lo experimenté con insistencia, y su suavidad penetró mi alma como el azucarado aguamiel impregna de su dulzura un bocado de pan tierno; además mi alma quedó asimismo caldeada, a la manera de una marmita bullente, puesta sobre ardiente fuego. Ella replicó:

—¿Por qué, pues, habéis guardado acerca de esto tan absoluto silencio, que no dijisteis nunca en vuestros escritos algo, por poco que fuese, que lo dejase traslucir al menos, para provecho de las almas? Contestó:

—Mi misión era presentar a la Iglesia, en su primera edad, una sola palabra acerca del Verbo Encarnado increado de Dios Padre, que bastase hasta el fin del mundo para satisfacer la inteligencia de toda la raza humana, sin que nadie, sin embargo, llegase nunca a entenderla en

toda su plenitud. Pero publicar la suavidad de estos latidos, estaba reservado para los tiempos modernos, a fin de que al escuchar tales cosas el mundo, ya senescente y entorpecido en el amor de Dios, se torne otra vez a calentar.

Santa Gertrudis vivió en Alemania, cuna del Protestantismo.

Otro día de San Juan Evangelista, esta vez de la segunda mitad del siglo XVII, el Corazón de Jesús revelaba a Santa Margarita María de Alacoque en Paray le Monial que: «Esta devoción era como el último esfuerzo de su amor para favorecer a los hombres en estos últimos tiempos con esta redención amorosa y así sustraerlos del imperio de Satán y colocarlos bajo la dulce libertad del imperio de su Amor».

Santa Margarita vivió en Francia, cuna de la Revolución, hija del Protestantismo.

En España, luz de Trento y Tierra de María, el día de la Ascensión de 1733 el P. Bernardo de Hoyos S.J. explicaba que «después de comulgar, tuve la misma visión referida del Corazón, aunque con la circunstancia de verle rodeado con la corona de espinas y una cruz en la extremidad de arriba... Dióseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la concesión de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta en especial para España me dijo Jesús: «Reinaré en España y con más veneración que en otras muchas partes».

A la Beata Madre María Ráfols se lo aclaró más: «Reinaré en España y por ella en todo el mundo».

Todo esto se lo hizo suyo Jacinto Verdaguer. Tanto lo meditó en su corazón, que surgió la inspiración poética y nos legó un poema místico de más de mil versos que hoy, a los 150 años de su nacimiento, todavía enciende el amor de los corazones que buscan aliviar sus cargas y fatigas en el Sagrado Corazón de Jesús que tiene al mundo vencido.

Al final del largo poema, Jacinto Verdaguer condensa las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Gertrudis, a Santa Margarita María, al venerable Padre Hoyos y a la recientemente beatificada Madre María Ráfols. Cuando San Juan se despierta después de gustar el suave amor del Sagrado Corazón, dice:

*Transcribimos de la revista *Ave María* (núm. 599, junio de 1995) este artículo de nuestro colaborador Manuel M^a Domenech Izquierdo.

—Voleu que diga als mortals
amb quin amor Déu los ama?
Voleu que els mostre aqueix Cor
com son niu a la niuada?

—De mostrar-los aqueix Cor,
oh Joan, no és hora encara,
com arbre l'Església creix,
com arbre vora les aigües;
mes per sostenir eix Fruit
no té prou fortes les branques.
Verbum caro factum est

digues als homes, per ara:
bé poden passar mil anys
meditant eixa paraula.
Aprés de mil anys de nit,
del meu Cor sortirà l'alba;
aprés de l'albada el Sol,
lo Sol de la Glòria santa.
Batrà el Cor de tot un Déu
al pit de la raça humana;
son reialme serà el Món,
però son trono l'Espanya.



—¿Queréis que diga a los hombres
con qué Corazón Dios los ama?
Corazón que será para ellos
como nido a los polluelos?

A lo que responde Cristo:

—No ha llegado la hora
de mostrar mi Corazón.
Como árbol la Iglesia crece,
como árbol cerca del agua.
Pero el peso de ese Fruto

doblará sus tiernas ramas.
Verbum caro factum est,
di a los hombres ahora.
Bien pueden pasar mil años
meditando esta palabra.
Pasados mil años de noche,
de mi Corazón será el alba
y después del alba el Sol,
el Sol de la Gloria Santa.
Palpará el Corazón de Dios
en pecho de raza humana.
Reinaré en todo el mundo,
pero con trono en España.

LA BEATA MARGARIDA

Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur.

Luc. XII, 49

Joan de un a un passar los mira;
tots duen d'aquell Cor una guspira,
mes ningú porta lo fornardent;
quiscun du en eixa precessó un misteri,
qui un calze, qui una llança, qui un psalteri;
¿qui durà la custòdia resplendent?

És d'estrella en estrella ja passada
d'eix cel dels cels d'explèndida estrellada;
lo dia esperen aucellets i flors.
Als jardins de Chantal sentiú afaire?
¿quines cançons y músiques en l'aire!
¿mirau a sol ixent quines albors!

Lo foc que en lo Calvari s'encenia
un esperit a l'altre se l'envia,
un monestir a l'altre monestir.
Oh! surta ja en son vas d'or l'aroma;
esqueixa, oh astre de l'amor, ta broma,
i l'erma terra tornarà a florir.

Lo cor de l'home de secor s'acaba
si no li dona el Cor d'un Déu la saba.
Janseni baixa rius de glaç del pol;

per escalfar lo món que s'enfredora
no n'hi ha prou de les flames de l'aurora,
lo migdia li cal de vostre sol.

¿Qui farà córrer el vel del santuari?
una verge dexeble del Calvari,
d'aqueix propiciatori querubí:
davant l'altar extàtica gemega;
veu los pecats de tot lo món, i prega
son cor unison ab lo Cor diví.

Dins una alba de llum hermosa y clara
Jesús se li apareix de peus en l'ara,
amb ses llagues brillants com cinc estels;
de cada llaga un raig de flama en brolla,
de son Cor és un riu que se'n adolla,
sembla en son Cos lo sol enmig dels cels.

Com una rosa es coronat d'espines,
que n'hi arrenquen de llàgrimes divines,
d'aigua i de sang, de perles i robins!
Sa Llaga també plora, i la Creu santa,
arrelada en eix Cor com una planta
fa plorar en lo cel los Serafins.

La beata Margarita

Juan les mira pasar uno a uno; todos ellos llevan un destello de aquel Corazón, mas ninguno lleva la llamarada ardiente; cada uno en esa procesión lleva un misterio, quien lleva un cáliz, quien una lanza o un salterio; ¿quién llevará la custodia resplandeciente?

Ha pasado ya de estrella en estrella de ese cielo la espléndida constelación; avecillas y flores aguardan la llegada del día. ¿No percibís un recuerdo de aromas de los jardines de Chantal? ¿Qué canciones y músicas en el aire! ¿Y ved hacia levante cuán magníficos albores!

El fuego que en el Calvario se encendía un espíritu lo pasa a otro espíritu, un monasterio a otro monasterio. ¿Oh! Rebose ya de su vaso de oro el aroma; rasga, oh astro del amor, tu bruma, y la tierra yerma volverá a florecer.

De sequedad se acaba el corazón del hombre si el corazón de

un Dios no le presta su savia: Jansenio baja del polo ríos de hielo; para dar calor al mundo que se enfría no bastan ya las llamas de la aurora, le precisa el mediodía de vuestro sol.

¿Quién recorrerá el velo del santuario? Una virgen discípula del Calvario, de ese propiciatorio querubín: ante el altar extática gime; ve los pecados de todo el mundo y ruega su corazón unísono con el divino Corazón.

En una aurora de luz hermosa y clara, a los pies del ara se le aparece Jesús, con sus llagas brillantes como cinco estrellas; de cada llaga brota un rayo de llamas, es un raudal de su Corazón que se vierte, semejante en su Cuerpo al sol en medio de los cielos.

Cual una rosa está coronada de espinas. ¿Qué de divinas lágrimas, agua, sangre, perlas y rubies no arranca! Su Llaga llora también, y la Cruz sacrosanta, enraizada cual un árbol en ese Corazón, hace romper en llanto, en el cielo, a los serafines.

I diu, mostrant-li eix Astre sense bromes:
—*¡Mira aquest cor que tant ha amat als homes,*
de qui sols reb escarnis y menyspreu!
li paguen tant amor amb sacrilegis,
ab freda indiferència els dons més regis
i amb més ingratitud qui més li deu.

Mes, regnarà! — afegeix, i una flamada
li envia aqueix volcà que l'amor bada.
Son cor s'omple de foc i se'n consum,
i vessa après ses brases per la terra,
per extingir-hi amb tant amor la guerra,
per traure'n la foscor ab tanta llum.

De pit en pit l'incendi es propaga
de convent en convent; lo que era aubaga
se fa solei als raigs del sagrat Cor;



Y dice, mostrándole ese Astro limpio de brumas: —*¡Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres,* de quienes sólo escarnios y menosprecio recibe! ¡Tanto amor se lo pagan con sacrilegios, los dones más regios con fría indiferencia, y con mayor ingratitud quien más le debe!

Mas, ¡reinará! —añade, y una llamarada le envía ese volcán que abre el amor. Su corazón se llena de fuego y se consume en él, y rebosa después sus brases por la tierra para extinguir la guerra con tanto amor, para desterrar la oscuridad con tanta luz.

De pecho en pecho el incendio se propaga, de convento en convento; lo que era umbría se torna en solana a los rayos del Sagrado

se li aixequen altars y santuaris
bells cors se li oferexen per sagraris
nobles heralds del regne de l'amor.

I creix lo riu de foch, Jordà que porta
aigua del cel a tota terra morta
i viu la que s'hi rega y se refon:
i creix lo riu i es una mar que es vessa,
ont l'esperit del Criador se bressa
diluvi nou que ha d'abrigar lo món.

Coloma blanca d'aquexa Arca eixida,
ne trau l'Església nova sang y vida,
y dormint com Joan sobre son pit,
en sa Llaga fructífera s'abeura
amb Jesús abraçada, com una heura
a l'arbre que en sos braços ha florit.

En eix Calze les ànimes que creuen
l'abnegació y lo sacrifici beuen;
ne rebrota amb lo zel l'apostatat;
refloreix la pureza com un lliri,
i el gra de l'Evangeli ab lo martiri
és en les quatre parts del món regat.

Satèl.lits d'aqueix Astre els cors s'encenen
i del fang de la terra se desprenen
i amb los àngels del cel, a l'atracció
del Cor de l'univers, vers Ell se solten,
i en òrbites enceses giravolten
com al volant del sol la creació.

Corazón; se le erigen altares y santuarios, hermosos corazones se le ofrecen para sagrarios, nobles heraldos del reino del amor.

Y crece el río de fuego, Jordán que lleva agua del cielo a toda la tierra muerta, y vive la que en él se riega y se refunde: y crece el río y es un mar que rebosa, do el espíritu del Criador se mece, nuevo diluvio que ha de abrigar al mundo.

Paloma blanca de esa Arca salida, la Iglesia obtiene de ella nueva vida y sangre, y adormeciéndose como Juan sobre su pecho, en su Llaga fructífera apaga su sed, abrazada a Jesús, cual una hiedra al árbol que ha florecido en sus brazos.

En ese cáliz las almas creyentes beben la abnegación y el sacrificio; vuelve a brotar con celo el apostolado; florece de nuevo, cual lirio, la pureza y el grano del Evangelio regado en las cuatro partes del mundo con el martirio.

Satélites de ese astro, los corazones se encienden y del fango de la tierra se desprenden y con los ángeles del cielo se entregan a El, en la atracción del Corazón del Universo, y en órbitas encendidas giran como la creación alrededor del sol.

VERDAGUER Y SU CASO

P. Ruperto M. de Manresa, ofm cap.¹

Es muy egregia la figura de Mosén Verdaguer. Por sus eminentes cualidades personales y por su valor circunstancial. A medida que se vaya hundiendo en el seno del tiempo, su gloria, creo yo, irradiará más luminosa y acabará por cubrir las sombras o líneas oscuras que se dan indefectiblemente, a veces más, a veces menos oscuras, aun en las grandes figuras humanas, cuyos pies son siempre de barro, aunque sea de oro el busto.

Lo que ante todo y por encima de todo importa es proyectar sobre la historia este fulgor de la verdad, es a saber, que fue siempre Verdaguer un excelente sacerdote. Había en él un hondo sentido sacerdotal, una labor íntima de espiritualidad muy sincera y muy continua, penetrada, eso sí, del vivo y espumoso volumen de su fantasía y de aquella su maravillosa sensibilidad, excitable en grado sumo.

Guardo como honroso y dulce recuerdo de mi vida el haberle tratado mucho; quizás pueda hacerme la ilusión de haber disfrutado de su confianza por algún tiempo. Me dejó penetrar hartas veces en senos muy hondos de su alma, apuntándome pensamientos suyos, juicios de personas y de cosas que a las veces elaboraban el numen y el poder épico de su alma, a las veces la derretían en el crisol del dolor; dándose el caso de que si como poeta historiaba y corporizaba la leyenda, en la vida transformaba con frecuencia en leyenda la realidad palpable, y era la leyenda ora solaciosa y plácida, ora agrucha y desaborada.



Santuario de la Gleva

Así se explican naturalmente incidencias de su vida que no hace plausibles y acertadas la realidad precisa de la historia, y se desvanecen presunciones de ciertos historiadores y de críticos, quienes, estudiando a Verdaguer, han puesto en entredicho, unos la moralidad, otros el equilibrio mental del gran poeta. Padecen error. Nada empañó nunca la sinceridad profunda de sus sentimientos cristianos; no hace falta rebuscar argumentos de índole morbosa y de inestabilidad psíquica para explicar las extrañas actitudes del poeta, para encubrir anomalías, que tienen su lógica en la función de sus mismas grandes dotes. Nunca pudo desprenderse, aun en aquel su ascetismo sencillo y campesino, de que podía servir a Dios muy diversamente de como le servía; ni apagar la convicción de que el señor Marqués de Comillas no había hecho justicia a la rectitud de sus intenciones amparando él a una familia a la cual creía haber salvado de una miseria moral con su favor y apoyo. El *problema*, que sería su carcelero, había sido hablado y discutido muchas veces y siempre puestos los ojos en una solución práctica y rápida, que también él deseaba muy sinceramente, más no por razones de orden moral íntimo. Le angustiaba y abatía, a veces hasta lo indecible, vivir de esta suerte, en pugna con su Prelado y en incesante zozobra con su conciencia; y abultándole la fantasía las causas que lo determinaban, evocadas a cada paso, y siempre con nuevas inquietudes, venía mano a mano por el camino de la incertidumbre a justificarse a sí mismo, y a persuadirse de que aun las apariencias de una concesión fueran un agravio a su dignidad, y «al nom que no és pas meu, sinó de Déu qui me l'ha donat». Con esto se explica lo que sin esto fuera inexplicable, es a saber, que se resistiese a pedir perdón al señor Obispo, o sólo a darle leves indicios de sumisión; que no pedía más el doctor Morgades. Pero no deben desfigurar a nuestros ojos estas resistencias excusables de Verdaguer la constante conducta del Obispo y del señor Marqués de Comillas, que fué siempre superior a todo elogio por su exquisita corrección, por su largueza, por la dignidad y silencio con que soportaban uno y otro los opuestos juicios del público.

1. Transcrito de los escritos del P. Ruperto M. de Manresa, (Manresa, 1869 — Génova, 1939) secretario del Cardenal Vives i Tutó, y fundador del santuario barcelonés de Ntra. Sra. de Pompeya; amigo incondicional de Mn. Cinto Verdaguer.

Verdaguer, terciario franciscano y devoto de Nuestra Señora de l'Ajuda

fr. Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

El 10 de junio de 1902, la muerte de Mn. Cinto Verdaguer conmovió el pueblo catalán; y para poder satisfacer los deseos reiterados del «príncipe dels poetes catalans» de ser amortajado con el hábito franciscano, se acudió al convento de capuchinos en Sarriá para solicitar un hábito para Mn. Cinto, terciario franciscano muy afecto a los capuchinos. Era entonces guardián (o superior de la comunidad) el P. Miquel d'Esplugues, el cual suplicó al P. Jacinto de Barcelona que cediese el hábito que, pocos días antes, había estrenado en ocasión de su primera misa, a la cual petición el joven capuchino accedió gustosamente. Diez años después, en 1912, cuando el P. Jacinto de Barcelona hubo de rehacer los archivos de la «Venerable Orden Tercera», destruidos por los estragos revolucionarios de la «Semana Trágica» (1909), que arrasaron totalmente el pequeño santuario de Nuestra Señora de la Ajuda (en el barrio barcelonés de Sant Pere) a cargo de los capuchinos, en el momento de recordar la historia para poder ofrecer una síntesis de la vida y actividades de la «Congregación de terciarios franciscanos del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona», quiso el P. Jacinto poner de relieve la vinculación del poeta con dicha fraternidad de terciarios con estas palabras, que transcribimos del «Libro de Actas» conservado en el Archivo Provincial de los Capuchinos, en Sarriá:

«En 15 de Enero de 1888 y á instancias del Rdo. Sr. Prior del Hospital de Sta. Cruz, Dr. D. Pablo Roca, Pbro., de los Hermanos y Hermanas del mismo establecimiento y de varios devotos del Sto. Fundador [Francisco de Asís]; el Rdo. Fray Fermín de Centellas, por autorización y beneplácito del Rmo. P. Fray Joaquín de Llevaneras, fundó e instituyó esta congregación de hombres y otra de mujeres bajo la advocación del Buen Pastor y Nuestra Señora de los Dolores, respectivamente [...] *Ha contado en el número de sus asociados al Rdo. D. Jacinto Verdaguer (q.s.g.h.), príncipe de los poetas catalanes, quien compuso «L'Atlàntida», el «Canigó» é innumerables composiciones místicas y varios poemas, entre ellos el titulado «Sant Francesch», espléndidos ramilletes de poesía franciscana que dedicó a sus hermanos terciarios [...] Han sido directores de esta congregación [de terciarios] el Rdo. D. Esteban Teixidó, Dr. D. Juan Manent, Rdo. D. Magín Cornet, Rdo. P. Rafael de Gracia, Rdo. P. Fidel de San Acisclo y el actual Rdo. P. Jacinto de Barcelona. Cuenta hoy día la congregación con 54 profesos y 9 novicios, 170 profesas y 24 novicias. Barcelona, 29 febrero 1912. El P. Director, Jacinto de Barcelona, José Torrent, secretario».*



Con esta transcripción documental, además de poder comprobar la vitalidad de las instituciones franciscanas a principios de siglo, podemos certificar documentalmente la tradición (siempre tenida por solvente) que, Verdaguer, durante su estancia en Barcelona, frecuentaba los actos de la congregación de la venerable orden tercera del hospital barcelonés de la «Santa Creu», dirigida y animada espiritualmente por los frailes capuchinos de la Ajuda, santuario mariano muy visitado por Verdaguer; dedicando el poeta a la «Mare de Déu de l'Ajuda», una de sus mejores poesías el año 1900, en ocasión de las celebraciones del primer centenario de la «Pía Unión del Santísimo Rosario» erigida en el Santuario de l'Ajuda.

LA PALMERA DE JONQUERES*

I

Un dia a punta d'alba, sortint de les matines,
les monges me plantaron al peu del campanar,
son cor dels salms encara vessava olors divines,
i a doll ses mans me duien regor de perles fines
i flaire de l'altar.

Mon germen fóra un dàtil de les gentils palmeres
que ombregen lo sepulcre del Salvador del món;
portà'l de les Creuades un noble de Jonquieres,
perqué s'agermanassen de l'hort les oliveres
amb l'arbre de Sion.

A flor de terra al nàixer, per bri de genciana
prengueren-me los boixos i l'heura del jardí;
jo prompte deixo l'heura i el boix amb l'herba plana,
i com lo terebinte de Síria, ma capçana
de branques estenguí.

Los tarongers i saules gelosos me miraren
pujar: de mon brancatge fullós entre els penjolls
aparicions angéliques vistoses se mostraren,
visions que el chor de verges al meu voltant trobaren
en terra de genolls.

Per mi els aucells deixaren la secular boscúria
per fer de mon brancatge bressol cada matí:
amb llurs concerts lligaven les monges sa cantúria,
gronxant-se ells o pels aires ets blanca voladúria,
les verges pel jardí.

Los arbres tots me deien sa reina i sobirana,
dels temples de fullatge veient-me campanar;
los campanars me deien sa colossal germana,
i albadés cada aurora, veus d'orgue i de campana
solien-me cantar.

La palmera de Junqueras

Un día, al romper el alba, saliendo de matines, las monjas me plantaron al pie del campanario: su corazón rebosaba aún el divino aroma de los salmos y pródigas sus manos me traían rocío de perlas finas del altar.

Mi germen fue un dáttil de las gentiles palmeras que dan sombra al sepulcro del Salvador del mundo; trájolo consigo de las Cruzadas un noble de Junqueras, para que se hermanasen los olivos del huerto con el árbol de Sión.

Al surgir a flor de tierra, los bojes y hiedras del jardín tomaronme por brizna de genciana; yo pronto dejé la hiedra y el boj con la hierba sencilla, y como el terebinto de Siria, extendí mi copa de ramaje.

Envidiosos los naranjos y sauces me vieron elevar: entre las colgaduras de mi ramaje abundante se mostraron vistosas apariciones angélicas, visiones que al coro de vírgenes en derredor hallaron postrado de hinojos en tierra.

Por mí los pájaros abandonaron los seculares bosques, para hacer cada mañana de mi ramaje cuna: con sus conciertos las monjas enlazaban sus cánticos, mientras aquéllos se mecían o en blanco vuelo surcaban los aires, cuando vírgenes paseaban por el jardín.

Los árboles todos me llamaban su reina y soberana, de los templos de frondas viéndome el campanario; los campanarios llamábanme su colosal hermana, y cada amanecer voces de órgano y de campana solíanme entonar alboradas.

* El convento de Jonquieres, al que se refiere Verdaguer en este poema, se hallaba situado en el lugar aproximado que hoy delimitan la plaza de Urquinaona, la calle de Jonquieres y la vía Layetana en Barcelona. La comunidad de monjas, benedictinas procedentes de Sabadell (aunque en ciertas épocas siguieron la regla de la orden militar de Santiago), se había establecido en tal lugar en 1293, donde residió hasta 1820, cuando fue suprimida y requisado su edificio. Éste fue un tiempo hospital militar, residencia de militares retirados pobres, casa correccional, etc., hasta que en 1867 su

iglesia se transformó en parroquia, dedicada a la Concepción y Asunción de la Virgen. A los dos años, sin embargo, una resolución del gobierno exigió su demolición en aras del urbanismo. Gracias a la actuación del párroco y la Junta de obras, la iglesia y claustro góticos fueron desmontados piedra a piedra y trasladados a la calle de Aragón, donde subsisten hoy como parroquia de la Concepción. Quizás la existencia, aun en nuestros días, de una palmera en ese bello claustro, sea debida al recuerdo con el que Verdaguer inmortalizó la vieja palmera que en su antigua ubicación debía de acoger.

Del temple de les monges corona era i salteri,
de dia cants m'omplien, de nit oracions,
i a la meva ombra, plenes d'encens i de misteri
per enjoiar lo dia del Ram lo presbiteri
trenaven mos palmons.

Per entre els qui em naixien miraven les estrelles,
i aqueixes mig somreien com ulls de serafins,
algunes s'aturaven per conversar amb elles,
tot responent als éxtasis, sospirs i cantarelles,
amb aleteigs divins.

L'estiu a mes orelles penjà per arracades,
joiells de rosses perles, raïms de dàtils d'or,
i de matí i de vespre, flairoses marinades
me duïen en ses ales murmuris i besades
i càntiques d'amor.

«Per què, gentil sultana, t'has fet novicia? gosa,
me deia el món un dia, la vida és pel plaer;
aixeca el front, rumbeja ta cabellera hermosa;
pel vostre bes, oh abelles, Déu ha criat la rosa,
entrau en son verger.»

«La llibertat és vida, cridí, traieu-me a fora,
llevau-me eixes muralles que em cuiden ofegar;
amb mos aucells deixau-me que em canten a tota hora,
feu-me'l enllà aqueix temple, que és got, i jo só mora,
com mora vull gosar.»

Yo era corona y salterio del templo y de las monjas; de día me enviaban cantos, de noche oraciones, y a mi cobijo, repletas de incienso y de misterio, para adornar el presbiterio en el día de Ramos trenzaban mis palmones.

Por entre mis nuevos ramajes miraban las estrellas y éstas sonreían con ojos de serafines, algunas se detenían para conversar con ellas, respondiendo a los éxtasis, suspiros y salmodias con aleteos divinos.

El estío colgó de mis orejas cual arracadas, joyeles de rubias perlas, racimos de dátiles de oro, y mañanas y tardes, brisas embriagadoras traíanme en sus alas murmurios y besos y cánticos de amor.

«¿Por qué, gentil sultana, novicia te metiste? Atrévete, decíame el mundo un día, la vida es para gozar; levanta la frente, ostenta tu hermosa cabellera: para vuestro beso, oh abejas, Dios ha creado la rosa, entrad en su verger.»

«La libertad es vida, grité, sacadme fuera, derribadme esos muros que van para ahogarme; dejadme con mis aves que me can-

I la paret sagrada de ma clausura queia,
fugint les religioses com desnuiats aucells,
lo temple de l'Altíssim en llit de pols s'ajeia,
i al món me mostrà lliure la flamejant teia,
la teia i los fusells.

Més ai!, que ja m'enyoro! no veig aucells en l'aire,
florits rosers, ni monges, ni serafins enlloc,
i veent-me corgelada, sens fruita, flor, ni flaire,
a colps ahir tallava mon tronc lo llenyataire,
i avui me tira al foc!

II

Com palma tu floreixes, superba Barcelona:
tany venturós que l'àliga romana ací plantà,
tu en terra fores reina, tu dares lleis a l'ona,
¿per què, com jo, ara arranques les flors de la corona
que al front Déu te posá?

¿On és lo campanar de Santa Caterina,
que com lo dit d'un àngel t'assenyalava el cel?
què has fet d'aquells retaules i volta gegantina?
n'has fet un born per vendre, i has fet una sentina
del místic sant Miquel.

tan a todas horas, apartadme ese templo que es godo y yo mora; como mora quiero deleitarme».

Y caía la pared sagrada de mi clausura, huyendo las religiosas cual pájaros sin nido, el templo del Altísimo se echaba en lecho de polvo, y mostráronme el mundo la flameante tea, la tea y los fusiles.

Mas ¡ay! ¡Que la añoranza me toma! no apercibo pájaros en el aire, floridos rosales, ni monjas, ni serafines por ninguna parte, y viéndome horrorizada, sin fruto, flor, ni perfume, a golpes cortaba ayer el leñador mi tronco, y hoy me arroja al fuego!

II

Cual palma tu floreces, soberbia Barcelona, venturoso plantel que el águila romana prendió acá, tú en tierra fuiste reina, diste leyes a la ola. ¿Por qué, como yo, ahora arrancas las flores de tu corona que Dios te colocó en la frente?

¿Dónde está el campanario de Santa Catalina, que cual dedo de un ángel te señalaba el cielo? ¿Qué hiciste de aquellos retablos y bóveda gigantesca? Construiste un mercado para vender y has convertido en sentina al místico San Miguel.

L'artístic Dormitori de Saint Francesc cremares,
de gòtics claustres, places i magatzems ne fas;
lo fill veu fer teatre del temple de sos pares;
avui lences les monges, arreu com ahir els frares:
demà a qui llençaràs?

Sols per quedar-te els ruscós esbulles les abelles
que en lo jardí es criaven de Santa Elisabet,
per fer-ne pisos compres los rocs de ses capelles,
i arrenques del romànic Sant Pere de les Puellas
les flors de Sat Benet.

Enllà les Magdalenes, enllà les Caputxines,
com dos ramats d'ovelles les guies a tos camps;
de tu lences tes roses i et quedes les espines;
si un dia de tes torres lo cel vol fer ruïnes,
qui apagarà sos llamps?

El artístic dormitorio de San Francisco quemaste; de góticos
claustros hisciste plazas y almacenes; el hijo ve convertir en teatro
el templo de sus padres; hoy arojas a las monjas de todas partes,
como ayer a los frailes; mañana ¿a quién arrojará?

No más que para quedarte los panales persigues a las abejas
que se criaban en el jardín de Santa Elisabet; para convertirlos en
pisos compras las piedras de las capillas, y arrancas del románico
San Pedro de las Puellas, las flores de San Benito.

Allá las Magdalenas, allá las Capuchinas, cual dos rebaños de
ovejas las guías a tus campos; arrojas de ti las rosas y te quedas con
las espinas; si un día de tus torres quiere el cielo hacer ruinas ¿quién
mitigará sus rayos?

A fora, enamorades del bon Jesús, a fora!
lo món vol altres dones, los homes altre amor;
los temples que somriuen a l'ànima que plora,
les cel.les i el sagrari, cel de qui el cel enyora,
fan nosa al vedell d'or.

Fan nosa a eixes que viuen del fang de la impuresa
dones que el cor i l'honra i a Déu tenen venut...
Mes a!, dins tu amb lo vici s'escampa la pobresa,
i viu mig corsecada pel dubte i la tristesa
l'hermosa joventut.

Com palma tu floreixes, superba Barcelona,
te regà ha divuit segles la santa religió;
si de ta soca allunyes la font que saba et dóna,
caiguda de tes branques l'espléndida corona,
t'assecaràs com jo.

¡Afuera enamoradas del Buen Jesús, afuera! El mundo quiere
otras mujeres, los hombres otro amor; los templos que sonreían al
alma que llora, las celdas y el sagrario, cielo de quien ahora el
cielo, sirven de estorbo para el becerro de oro.

Son estorbo para esas que viven del fango de la impureza, mu-
jeres que el corazón y la honra y a Dios han vendido... Mas ¡ay! que
con el vicio se extiende en tu seno la pobreza, y vive medio corroí-
da por la duda y la tristeza la hermosa juventud.

Cual palma tu floreces, soberbia Barcelona, la santa religión te
regó diez y ocho siglos atrás; si de tu tronco alejas la fuente que te
da savía, caída de tus ramas la espléndida corona, cual yo te seca-
rás.

LA ESPERANZA DEL REINO DE CRISTO

Al hacer lo cual [instituir la fiesta de Cristo Rey], no sólo pusimos de manifiesto el supremo poder que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los hombres, sino también saboreamos ya de antemano los goces del día soberanamente fausto en que el orbe entero obedecerá de todo corazón al suavísimo dominio de Cristo.

Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*

LOS HOMBRES Y LA ÉPOCA DEL POEMA «CANIGÓ»

J. M. Font Rius

Como afirmaba años atrás un ilustre crítico de nuestras letras, don Manuel de Montoliu, el poema *Canigó*, del inmortal Mossen Jacinto Verdaguer, representa una verdadera epopeya en la tradición y el alma de Cataluña. Y como todo poema épico, se afina en el suelo de la remota historia del país, para envolverse en aires de leyenda y fantasía. Su resultado es la producción de una obra literaria, en que historia y leyenda se confunden y enlazan para dar vida a una alta creación del espíritu artístico.

Fundamentalmente, el poema verdagueriano es obra legendaria, como lo fue también el otro gran poema, *La Atlántida*. El propio autor lo manifiesta a través del título completo del poema *Canigó*: «*Llegenda pirinaica del temps de la Reconquesta*». Pero notemos que en estos propios términos se revelan a su vez las características o matices de tal leyenda. Por un lado *pirinaica*, es decir, centrada en un espacio geográfico determinado: el Pirineo central catalán; por otro, *del temps de la Reconquesta*, esto es, insertada en un punto concreto del devenir histórico: la reconquista cristiana de las tierras dominadas por el invasor musulmán. Dentro de esta época, el desarrollo del poema se centra más todavía en el breve intervalo de unos años, aunque con una cierta proyección hacia adelante y hacia atrás.

Dejando aparte el aspecto geográfico, nos corresponden en este artículo ocuparnos del marco histórico en que se desenvuelven los episodios que constituyen la trama fundamental del poema verdagueriano. En efecto, según acabamos de indicar, la narración verdagueriana se sitúa en un momento preciso de la historia catalana: los primeros años del siglo xi; y se apoya en unos cuantos hechos rigurosamente históricos también, que sirven a su autor a modo de pivotes para sostener el hilo de la leyenda y de la fantasía, bien completando y modificando las referencias — siempre escasas — suministradas por las fuentes históricas de la época en torno a aquellos hechos, bien añadiendo nuevos elementos totalmente extrínsecos a los mismos, generalmente tomados de la tradición y, más aún, del reino de la fantasía.

Para la incorporación de este elemento histórico y legendario a su obra poética, Verdaguer acudió, sin duda, a las antiguas crónicas catalanas, tan pródigas en la admisión de relatos legendarios, pero también, y principalmente, a las tradiciones vivas en el país, que él recorrió y llegó a conocer tan profundamente. Algunas monografías locales, de iglesias y monasterios de la comarca, fueron, al parecer —por lo que se desprende de sus citas—, las

obras de erudición que tuvo a la vista. El resto se lo brindó su poderosa imaginación y su alto genio poético. Pero es gloria suya, como señalaba el crítico aludido, haber poseído el arte de enlazar la poesía de las viejas crónicas y de las leyendas históricas con la poesía anónima de su pueblo.*

Lejos de intentar un análisis sobre el texto del poema, enjuiciando el grado de su fidelidad a la verdad histórica y de su inspiración en la leyenda, nos parece mejor camino trazar unas pinceladas que permitan conocer el ambiente histórico reflejado por el poema y sus episodios, el cuadro de la vida pública y social en que vivieron sus personajes, pues ello ha de permitir, a nuestro juicio, una mejor captación del sentido del poema y de sus calidades más eminentemente épicas. Solamente, al referirnos a personas, hechos, lugares, etc., que tienen su papel en el poema, cuidaremos de indicar como éstos han sido recogidos en el mismo y hasta qué punto la realidad histórica ha sido modificada por la inspiración legendaria o la creación genial del poeta.

La época en que simula acontecer el drama canigónense es una época de gran significación en la historia medieval catalana, y especialmente en la de los condados pirenaicos de Cerdaña y Besalú, escenario de su acción. El siglo xi se abrió para este país, como para todo el Occidente europeo en general, con perspectivas de auge y engrandecimiento en la vida social y moral de los pueblos. Superada la anarquía y el desorden de los últimos siglos anteriores al milenio, la cristalización del sistema feudal —obra de este tiempo— ofrecía a la sociedad una nueva estructura de vida y organización con caracteres de estabilidad y permanencia. En el orden económico, el progreso acarreado por la apertura del camino de Oriente, merced a las Cruzadas, había de dejarse sentir en el desarrollo de las actividades de los habitantes de ciudades y villas. En el orden religioso y moral florecen y se desarrollan iglesias y monasterios, muchos de ellos sobre los cimientos de sus predecesores, insuficientes de proporciones para las gentes que los llenan; se establece *la paz y tregua*, como protección a las personas débiles y a los lu-

* Recientemente, me comunicaba el Rvdo. Dr. D. Eduardo Junyent, Canónigo-Archivero de la Sede de Vich, su impresión de haber sido el ilustre canónigo Dr. Jaime Collell, íntimo amigo y muy compenetrado con Verdaguer, quien le sugirió la idea central del poema. Así lo corrobora, al parecer, la dedicatoria autógrafa estampada por el autor en un ejemplar remitido a su amigo, que se conserva en la Biblioteca Episcopal de Vich.

gares sagrados; se van reformando las costumbres y la disciplina clerical; se organiza la Iglesia con independencia cada vez mayor del poder secular...

Las tierras catalanas sentían también este impulso hacia una vida ascendente. Justamente por entonces los antiguos condados de esta parte del Pirineo —la Marca Hispánica— dependientes de los reyes francos, habían roto, de hecho, los vínculos que les unían a aquellos soberanos y actuaban por su propia cuenta. Cada condado, delineado más o menos sobre una comarca de antigua tradición y personalidad, venía a ser un naciente y germinal Estado, cuya principal preocupación era el aseguramiento de su existencia, guerreado frente al enemigo y manteniendo la justicia entre sus propios súbditos. Así, Cerdaña y Besalú constituían dos condados, separados e independientes en el momento objeto de nuestra consideración y que sólo siglo y medio más tarde se unirían de nuevo, incrustados ya al condado de Barcelona, bajo la corona de Alfonso II el Casto, el primer monarca catalano-aragonés.

Dos personajes interesantes regían a la sazón estos condados, ambos figuras de relieve en el poema de Verdguer. Bernardo, apellidado *Tallaferro*, era conde de Besalú, su hermano Guifré lo era de Cerdaña. Ambos habían poseído conjuntamente los dominios heredados de su padre, Oliva *Cabreta*, hasta su partición. También otro hermano, Oliva, había participado en esta corregerencia, hasta que decidió ingresar como oscuro monje, en el cenobio de Ripoll, para alcanzar luego las altas dignidades de abad y obispo, y sobre todo la aureola de una vida esclarecida en el ejercicio de las más nobles virtudes. Oliva aparece en *Canigó* como abad de Ripoll y de Cuixá. Otros hermanos todavía se hicieron célebres en los anales de la época —la época del abad Oliva por antonomasia—, como Berenguer, obispo de Elna; la abadesa Ingilberga, cuyo recuerdo se vincula a la ruidosa cuestión del monasterio de San Juan (de las Abadesas), y otra hermana, Edeleis; todos éstos sin papel alguno en nuestro poema. Familia ilustre, procedente del tronco de Guifré el Velloso, y por tanto estrechamente emparentado con la que regía el condado de Barcelona.

[...]

La figura de Oliva, el más destacado de esta familia, llena la época y por sus proporciones no resulta factible esbozar aquí sus trazos. Pero, afortunadamente, poseemos excelentes y modernos estudios sobre la misma que nos ilustran sobre su persona, y sobre todo su época. Nos referimos concretamente a las magníficas obras del P. Albareda y de don Ramón de Abadal dedicadas a Oliva. Apuntemos tan sólo que, en el *Canigó*, la figura de este esclarecido varón brilla de modo especial en una de sus

más características virtudes, la de pacificador. El poeta, en efecto, lo presenta como el que en el momento oportuno detiene el brazo airado de Bernardo Tallaferro contra su hermano Guifré, al contemplar el cadáver de su hijo, muerto por este último, y consigue del mismo su perdón.

[...]

Poca cosa sabemos de los aspectos de política interior, de organización y administración de los dominios condales. En realidad escapaban todavía a la acción de los nacientes Estados. Tal vez, en este sentido, la labor de educación de las gentes tenga que relacionarse con la eclosión y desarrollo de los monasterios benedictinos, numerosos en aquellos valles pirenaicos. *Los monasterios tienen en la vida alto-medieval de los pueblos cristianos una profunda significación e importancia. A su naturaleza esencial de remansos de espiritualidad y hogares religiosos unieron la función de focos de cultura, centros de colonización agraria y órganos colaboradores en la obra de gobierno de soberanos y señores.* Éstos los erigían, los dotaban, enviaban a ellos sus hijos y familiares, y a los mismos se retiraban con frecuencia en sus últimos días, hallando allí sepultura y sufragios después de su muerte. Unos de fundación antigua, otros más recientes, constituían un conjunto, una constelación brillante a principios del siglo XI. En el ámbito en que discurre la acción del poema hallamos los de Ripoll, Cuixá, Canigó, Arlés, Bañolas, Besalú, Bagá, Serrateix... Los tres primeros merecen una mención especial, no sólo por su importancia, sino también por aparecer reiteradamente en nuestro poema y ser uno de ellos como el centro nuclear del mismo.

Ripoll, el monasterio condal por excelencia —fundado por Guifré el Piloso— era ya en esta época un famoso centro de ciencia y estudio que la regencia de Oliva realzaría más aún. Expone de esta característica la constituía su espléndida biblioteca, que, a juicio de un erudito austríaco moderno, era superior a todas las españolas de la época, salvo, tal vez, la catedralicia de Toledo. Años antes había brillado de modo particular el cenobio ripollés con ocasión de albergar al monje Gerberto —luego papa Silvestre II—, venido desde sus tierras de Auvernia para instruirse en las ciencias matemáticas profesadas en el mismo. También la historia y el derecho tuvieron un intenso cultivo en Ripoll, creando verdaderas escuelas, de influencia en la vida de su tiempo. El Canigó nos presenta en su canto XI a Oliva diseñando los planos de la nueva fundación monasterial,

«funda en Ripoll un altre monastir»

con la soberbia portada, todavía admirable. Se trata en



El conde Tallaferro

realidad de la ampliación y renovación de la basílica, inaugurada y consagrada solemnemente en 15 de agosto de 1032, con asistencia, entre otros próceres, de su hermano Guifredo, conde de Cerdaña, y su sobrino, Guillermo de Besalú, hijo y sucesor del fallecido Tallaferro.

San Miguel de Cuixá era el gran monasterio del valle del Conflent, a orillas del río Tet. Su fundación es narrada en nuestro poema con cierto patetismo, como obra de los monjes del monasterio de Eixalada; quienes al verlo destruido por una avenida del Tet, se trasladaron al nuevo lugar por la protección de Carlomagno. Históricamente, la inundación tuvo lugar en 878, y el traslado y erección del nuevo monasterio de Cuixá, por los supervivientes de la inundación al mando de Protasio, poco tiempo después. Años más tarde Cuixá vivió días de gloria y esplendor bajo el abadiato de Garí, que acogió en el mismo a un grupo de próceres venecianos (el *dux* Pedro Urseolo, Juan Granédigo, Marín, el futuro San Romualdo...). El prestigio de Cuixá fue mantenido por Oliva, elegido abad por sus monjes, al par que de Ripoll, allí efectuó también notables reformas en su basí-

lica, análogas, al parecer, a las de este último cenobio.

San Martí del Canigó es el monasterio más moderno de este grupo reseñado. Ya sabemos que Mossen Jacinto Verdaguer enlaza su fundación con el punto neurálgico del poema: el arrepentimiento de Guifré por la muerte perpetrada en la persona de su sobrino Gentil. En satisfacción de su crimen, el conde de Cerdaña decidió erigir un monasterio en torno al humilde ermitorio de San Martín, al pie de la montaña del Canigó, donde fue despeñado el infeliz doncel. Monjes de Cuixá serían los primeros habitantes del nuevo cenobio. El conde, tras despedirse de su esposa Guisla, se retira al monasterio, haciendo en el mismo vida penitencial hasta su muerte. La documentación histórica nos habla del monasterio de San Martín, en el *Canigó*, como «*construido por cierto presbítero monje, Selua, y completado y llevado a buen fin por el señor conde Guifré y su esposa Guisla*», bajo cuya protección y patrocinio fue solemnemente consagrado en 10 de noviembre de 1009. El conde tardó todavía más de 25 años en retirarse al monasterio, habiendo enviudado de Guisla y contraído nuevo matrimonio con Isabel, y mu-

rió en el mismo hacia 1050, siendo allí sepultado, al igual que su segunda esposa.

Como puede verse, la vida de estos monasterios, ya desde su fundación, se vinculaba estrechamente con las casas condales de sus respectivos territorios. Los príncipes cuidaban de enriquecerlos espiritual y materialmente. En 1011 una expedición integrada por Oliva y sus hermanos Bernardo y Guifredo, amén de otros personajes de la tierra, llegó hasta Roma, obteniendo del papa Sergio IV sendos privilegios para sus monasterios; Bernardo para el de San Pedro de Fenollet, Guifré para el de San Martín del Canigó, privilegios que serían los títulos de honor de estas casas. En 1017, de nuevo hallamos a Oliva en Roma, ahora en compañía solamente de Bernardo Tallaferro y su hijo Guillermo, para gestionar asuntos graves, como eran el arreglo del monasterio de San Juan (de las Abadesas), que bajo la dirección abacial de su hermana Ingilberga, había degenerado sensiblemente en su disciplina, y a la erección de un obispado para Besalú, aspiración del conde Bernardo. Como señala muy acertadamente Abadal, estas apelaciones a Roma, al par que un fondo de respeto jurídico de las autoridades ordinarias frente a la independencia de las fundaciones religiosas, denotan a su vez un reconocimiento de la autoridad suprema, en este sentido, hacia la institución papal.

Los dos monasterios vecinos de Cuixá y de Canigó, en el valle del Conflent, al pie de la montaña en la que el poema verdagueriano quería simbolizar la alborada de la nueva patria cristiana y catalana, nacida en el Pirineo bajo el signo de la Cruz, sufrieron los avatares de los

tiempos y de los hombres; y en los días de Verdaguer se hallaban, ya hacía tiempo, abandonado y muy maltrechos. Esta situación inspiró al poeta el bellissimo epílogo con que cierra su poema, a modo de magnífica elegía, cantada alternativamente por los dos campanarios con unas estrofas finales de esperanza en el futuro y de fe en la Providencia de Dios.

*«Lo que un segle bastí, altre ho aterra,
més resta sempre el monument de Déu;
i la tempesta, el torb, l'odi i la guerra
al Canigó no el tiraran a terra,
no esbrancaran l'altívol Pirineu».*

Verdaguer, en una nota a una edición posterior de su poema, al saludar y agradecer al señor Obispo de Perpinyá, Mgr. Carselade du Pont, la acogida que éste había hecho de las estrofas de este epílogo en su pastoral de entrada a la diócesis, expresaba su anhelo de que el ilustre prelado pudiera ver realizado su sueño de reconstruir la abadía de San Martín del Canigó. Dios escuchó sus ruegos, pues años más tarde, en 1932, poco antes de cerrar sus ojos a esta vida, celebró solemnemente la restauración del monasterio y de su iglesia, en una fiestas de hermandad catalano-rosellonesa, que muchos de nuestros lectores recordarán todavía. De nuevo tañían las campanas de San Martín del Canigó para alabar al Señor de las alturas y rogar por el alma del señor de la tierra, el conde Guifré, que lo había consagrado nueve siglos atrás.

EL PADRE IGNASI CASANOVAS JUZGA A LOS ECLESIAÍSTICOS ILUSTRADOS

El conjunto de notas catalogadas por San Ignacio referentes a la clase de hombres arriba mencionada [en sus Reglas para sentir con la Iglesia] componen un retrato acabado de los hombres ilustrados, como Erasmo, que en aquella época habían puesto de moda el ataque, la ironía o la duda contra las prácticas religiosas externas del catolicismo, preparando así el camino a serios tropiezos en materia de fe.

Por el contrario la suma de notas recomendadas por el Santo, nos pinta de cuerpo entero al hombre de fe y de prácticas tradicionales; que para no resbalar siquiera en las cosas de la fe, quiere estar firme y seguro en todo lo que es manifestación de una vida prácticamente católica.

*Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales
de san Ignacio de Loyola*

HACIA EL TERCER MILENIO

José María Alsina Roca

«La Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y fuerza por el Espíritu, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que haya que salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro». Juan Pablo II recuerda estas palabras del Concilio Vaticano II, en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* con la que convoca a toda la Iglesia a prepararse para la gran fiesta jubilar del inicio del tercer milenio. Es urgente, como afirma el Papa, que resuenen en toda la humanidad con fuerza renovada las palabras evangélicas: «ECCE NATUS EST NOBIS SALVATOR MUNDI» para que todos reconozcan a Cristo como único mediador entre Dios y los hombres y único redentor del mundo. Con este propósito y con esta esperanza la Iglesia invita a todos los hombres, llamados a la salvación por la gracia de Dios, a la «unidad católica del pueblo de Dios».

Esta llamada dirigida a toda la humanidad se realiza en un mundo que, como se indica en la carta apostólica, se ha convertido en un conjunto de diversos y variados «areópagos», incluyendo de forma especial el Occidente «tecnológicamente más desarrollado, pero interiormente empobrecido por el olvido y marginación de Dios». Esta civilización tiene sus raíces en la fe cristiana, a lo largo de la historia esta fe ha ido fructificando en formas sociales y culturales muy variadas y ha tenido un papel decisivo en la obra de evangelización de otras civilizaciones, pero en nuestros días parece culminar un proceso de radical secularismo que no tiene paralelo en la historia de las restantes culturas. En estas circunstancias la Iglesia invita a prepararse para el gran jubileo del año 2000. Y «es significativo que el cómputo del transcurso de los años se haga casi en todas partes a partir de la venida de Cristo al mundo, la cual se convierte así en el centro del calendario más utilizado hoy».

Esta celebración es motivo, en primer lugar, de alegría y de acción de gracias porque conmemoramos que Dios ha amado tanto a los hombres que ha venido en «Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzar a Dios», y no solamente a mostrarle el camino sino que movido Dios por su corazón de Padre, quiere elevar a los hombres a la dignidad de hijos adoptivos. Sin embargo, «el hombre se ha dejado extraviar por el enemigo de Dios. Satanás lo ha engañado persuadiéndole de ser el mismo Dios, y de poder conocer, como Dios, el bien y el mal, gobernando

al mundo a su arbitrio sin tener que contar con la voluntad divina». Y Dios ha extremado su misericordia a través del sacrificio de su Hijo en la Cruz y por medio de Él nos envía al Espíritu Santo para que el hombre participe de la vida íntima de Dios. Mientras no participa plenamente de ella está llamado a «renovar su esperanza en la venida definitiva del reino de Dios, preparándolo día a día en su corazón, en la comunidad cristiana a la que pertenece, en el contexto social donde vive y en la historia del mundo.»

También es ocasión esta carta apostólica para reflexionar sobre la historia de la Iglesia durante este último siglo, contemplándola como una preparación para el gran jubileo del 2000. La labor de los pontífices de este siglo, desde san Pío X, que ha tratado de llevar a cabo el lema de este papa santo «Renovar todas las cosas en Cristo», los años santos, los años marianos, el pasado Año de la Familia, los sínodos y especialmente el Concilio Vaticano II, todo es interpretado «como una preparación de la nueva primavera de vida cristiana que deberá manifestar el gran jubileo, si los cristianos son dóciles a la acción del Espíritu Santo»

Finalmente, invita a todos a un examen de conciencia. La Iglesia da gracias a Dios por el testimonio de santidad de «hombres y mujeres de tantas lenguas y razas que han seguido a Cristo en las distintas formas de vocación cristianas», especialmente por el patrimonio de santidad de tantos mártires, con frecuencia desconocidos, que desde las primeras generaciones de cristianos hasta nuestros días, han dado su vida en testimonio de su amor por Cristo, y su Iglesia. Junto a ellos, que manifiestan la belleza y santidad de la Esposa de Cristo y la omnipotente presencia del Redentor, la Iglesia siente el dolor causado por muchos de sus hijos «que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor».

La irreligiosidad, el secularismo y relativismo ético, la falta de respeto a la vida y a la familia, la injusticia y violación de los derechos humanos por parte de los regímenes totalitarios, son otros tantos motivos para «ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que los cristianos también tienen en relación con los males de nuestro tiempo». Males que han creado una atmósfera que también ha afectado a los hijos de la Iglesia, debido a que «la vida espiritual en muchos cristianos atraviesa un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe. Ésta, ya probada por el careo con nuestro tiempo, está a veces

desorientada por posturas teológicas erróneas, que se difunden también a causa de la crisis de obediencia al magisterio de la Iglesia».

La preparación inmediata del año jubilar se desarrollará en una etapa de tres años. Durante los años 1997,

1998 y 1999, en cada uno de ellos la preparación se centrará en una persona de la Trinidad, en un sacramento, en un objetivo pastoral prioritario, en una virtud teológica y en un aspecto de la Virgen Santísima, como queda indicado a continuación:

| tema año | Persona de la Trinidad | Sacramento | Objetivo pastoral | Virtud teológica | Misterio mariano |
|-------------|------------------------|--------------|----------------------|------------------|---------------------------|
| 1997 | Jesucristo | Bautismo | Catequesis | Fe | Madre de Dios |
| 1998 | Espíritu Santo | Confirmación | Unidad de la Iglesia | Esperanza | Esposa del Espíritu Santo |
| 1999 | Dios Padre | Penitencia | Conversión | Caridad | Hija del Padre |

Esta preparación culminará en la celebración del gran jubileo que tendrá lugar contemporáneamente en Tierra Santa, en Roma y en las Iglesias locales. El objetivo, la glorificación de la Trinidad, tendrá como celebración especial el Congreso eucarístico internacional que se celebrará en Roma. «El año 2000 será un año intensamente eucarístico: en el sacramento de la eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte si-

glos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina.»

El Papa termina la carta apostólica invitándonos a prepararnos con la oración para estas próximas celebraciones, mientras confía en la Virgen María toda este programa para que la Madre del Redentor sea la estrella que guíe a los cristianos que se encaminan hacia el tercer milenio, al encuentro del Señor.

EL PADRE RAMIÈRE JUZGA EL CATOLICISMO LIBERAL

Llegar hasta el fondo de las cosas, ésta máxima parece dirigir el trabajo hasta aquí expuesto, también en lo referente el liberalismo católico, analizado con fondo calado. Un liberalismo católico que **extravía las más bellas inteligencias y los corazones más generosos, y hace penetrar su veneno hasta las entrañas de la sociedad cristiana**. Un liberalismo católico, progresismo diríamos hoy, que queda retratado en su forma de actuar con las siguientes palabras: **se muestran ofendidos cuando ven condenada su táctica por el lenguaje y la conducta de los católicos más resueltos, produciéndoles esto una irritación harto natural, que les hace severos hasta la injusticia con los fieles a la Iglesia, mientras obsequian y acarician a sus más encarnizados enemigos**. En definitiva, desmontando tópicos mejor o peor intencionados, no se trata en el fondo más que de **un sistema cuyo objeto aparente sea devolver al Catolicismo su popularidad, pero cuyo efecto sea romper su unidad**.

La bancarrota del liberalismo

ACTUALIDAD DEL PADRE RAMIÈRE

Jorge Soley Climent

«*La Universidad, tal como está organizada, nos llevará a la ignorancia más absoluta.*»

«*El periodismo da por resultado inevitable la esclavitud universal del pensamiento.*»

«*El liberalismo, al destruir toda fuerza moral, no deja otro yugo social que el de la fuerza bruta.*»

Enrique Ramière

Palabras claras y fuertes, cargadas de sentido común. Son palabras valientes, escritas por el padre Enrique Ramière en su obra *La bancarrota del liberalismo*, publicada en el año 1874. Transcurrido algo más de un siglo, causa asombro la actualidad de tales juicios, que, contemplados desde nuestros días, se nos presentan como proféticos. Cuando el culto a la novedad ejerce su tiránica influencia, haciendo despreciar todo aquello que no sea de rabiosa actualidad, la lectura de esta obra demuestra la perennidad de los juicios verdaderos. El tiempo ha ido confirmando los razonamientos expuestos por el padre Ramière; los efectos que se empezaban a vislumbrar como resultado del triunfo del liberalismo no han hecho otra cosa que acentuarse.

A partir de un análisis riguroso y certero de la doctrina liberal, la obra pasa a estudiar los efectos de la misma y a mostrar sus contradicciones. Ante una filosofía escéptica y centrada en lo relativo, que hoy en día parecemos redescubrir bajo el nombre de pensamiento débil, se afirma, con muy buen sentido, que «basta una ligera reflexión para persuadirse de que una filosofía de esta naturaleza es la negación radical de toda filosofía». No parece temer el padre Ramière los comentarios de los «sabios» de este mundo, que se escandalizarían ante tales afirmaciones. Hacia ellos, especialmente aquellos que después se lamentan de las consecuencias de lo que previamente han predicado, dirige las siguientes palabras: «no podemos menos que reconocer su portentosa estupidez. ¿Ignoraban quizá de qué elementos se componía la cruzada por ellos levantada contra el Cristianismo bajo el estandarte del libre pensamiento?».

Más tarde, al referirse a la educación universitaria, tal y como hemos señalado anteriormente, no duda en advertir hacia donde se encaminaba, producto de la centralización administrativa propia del liberalismo, (conexión que no es meramente accidental), y sobre todo, por los presupuestos liberales que niegan la posibilidad

de la existencia de toda verdad. La situación es peligrosamente aplicable a nuestras escuelas y Universidades: «en aplicación del principio de la supremacía del Estado y su independencia respecto de la Verdad, el Estado no acepta que nadie más que él dirija la enseñanza, difundiendo el indiferentismo doctrinal entre los jóvenes; de este modo la enseñanza liberal ha resultado completamente inútil para su educación».

Las páginas dedicadas a los efectos de la libertad de pensamiento resaltan las contradicciones existentes entre lo prometido y la realidad. Se prometió la libertad frente a los antiguos dogmas, la realidad ha sido que «para nuestros contemporáneos la libertad de pensamiento consiste en pensar según su periódico, o por mejor decir, en no pensar de ningún modo. No les queda más que un sólo partido, recibir con la boca abierta la doctrina que cada mañana les remiten, sobre tan graves cuestiones, unos fulanos que hacen el negocio de pensar por ellos». Y citando al *Saturday Review*, sostiene que «semejante lectura acaba por gastar el propio juicio, hace perder la iniciativa intelectual, y generalmente apaga las facultades mentales, sustituyendo a la lectura inteligente el hábito de una lectura mecánica. Un hombre que no lee puede pensar, pero quien lee solamente periódicos se habitúa a no ejercitar su espíritu de diferente manera de cuando se pone sus vestidos». Es difícil encontrar un retrato más acertado del fenómeno actual de la dictadura ejercida por los medios de comunicación. Y es que, como acierta a notar el padre Ramière, «el magisterio del periódico es indispensable allí donde falta el magisterio de la Iglesia».

No es preciso aumentar esta selección de pasajes para demostrar, tal y como sosteníamos al principio, la innegable actualidad de los temas expuestos en *La bancarrota del liberalismo*. La agudeza y profundidad de sus juicios, común a toda la obra del padre Ramière, nos hacen estar seguros de la benéfica influencia que su revalorización y difusión nos reportarían. Esperamos que estas líneas sean una pequeña aportación en esta obra.

LA IGLESIA CATÓLICA Y LOS NACIONALISMOS

Miguel Ferrer Flórez

El término *nacionalismo* se ha convertido en el siglo xx en una viva representación de alarmas políticas, realidades bélicas y hasta de calamidades públicas en extensas regiones del mundo y sobre todo Europa.

La concreción del vocablo conduce a distinguir tres conceptos básicos en geografía política: nación, estado y país. La nación es un conjunto humano poseedor de una cultura propia, expresada generalmente en una unidad lingüística y al extremar el contenido del término se le han adjudicado realidades sociales y religiosas que no alcanzan el mismo grado de identidad que las anteriores. El estado significa la estructura creada por el hombre para gobernar un grupo humano que puede coincidir con una nación o englobar nacionalidades diversas. Requiere ciertos elementos claves: población, territorio o solar que albergue esta población, fronteras, capital y comunicaciones. El término *país*, es más bien una expresión geográfica aplicada a territorios de variada extensión y con criterios menos precisos en relación a la población que en él se asienta.

El término nacionalismo deriva, pues, de nación y actualmente se aplica a una serie de realidades concretas surgidas en el siglo xix. Su nacimiento conceptual está en la Revolución francesa, fiel reflejo del liberalismo latente en la concepción del hombre creada por Rousseau y el movimiento enciclopedista. Los primeros atisbos del nacionalismo van marcados por el liberalismo e identificados con el romanticismo de corte liberal, aun cuando a veces este último adoptara formas conservadoras.

Hoy las notas peculiares del nacionalismo están bien clarificadas ideológicamente: soberanía nacional, autoridad propia como expresión de la libertad y valoración de algunos elementos (geografía, lengua, etnia, tradición y aún creencia religiosa) como medios dirigidos a engendrar un destino común avivado por la conciencia, el sentimiento y la misma voluntad. Este conjunto desemboca en una concepción idealista, cuando no romántica, del pueblo. Los alemanes acertaron a concretarlo en adecuada palabra: *volksgeist*.

El hecho histórico de los nacionalismos

El romanticismo, por su esencia y por coyuntura histórica, vino a ser el gran impulsor del nacionalismo. Ambas ideologías se extienden en el siglo xix a casi todos los estados europeos surgiendo conflictos políticos que desembocan en luchas armadas; se cosechan los pri-

meros triunfos y también algunos fracasos. La desilusión que estos últimos engendra incuba reivindicaciones futuras que dan pie a otros intentos bélicos enconando ánimos germen, futuro de «complejos nacionales» que derivarán en perturbaciones políticas en el siglo xx. Acaso podrían ser denominados nacionalismos abortados que han permanecido en estado latente por no haber podido o sabido alcanzar el triunfo anhelado, pero siempre mantenedores de un carácter reivindicativo hasta nuestros días.

No es posible en los obligados límites de este artículo resumir, ni siquiera enumerar la relación exhaustiva de los nacionalismos, pero con el fin de comprender su naturaleza ofrecemos un esquema mínimo de los mismos.

I. Triunfo de los nacionalismos europeos en el siglo xix:

- Unidad de Italia, 1870
- Unidad de Alemania, 1870. (II Reich)
- Algunos nacionalismos balcánicos:
 - Grecia, 1830
 - Servia, 1878
 - Rumania, 1878
 - Bulgaria, 1878.1881
 - Montenegro, 1878

Los éxitos más notables del nacionalismo se dieron en Italia y Alemania. Los restantes fueron posibles gracias a la descomposición del Imperio turco, conocida como la llamada «Cuestión de Oriente».

II. El nacionalismo en el siglo xx:

- Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia, 1917
- Polonia, 1919
- Aparición de creaciones nacionales:
 - Austria
 - Hungria
 - Albania
- Colapso de otros nacionalismos:
 - Ucrania
 - Yugoeslavia
 - Checoeslovaquia

Una de las causas de la primera guerra mundial (1914-1918) fue el nacionalismo existente entre los pueblos que integraban Austria-Hungria y en otros puntos de Europa. El pangermanismo (unión e integración de los pueblos germanos) y el paneslavismo (movimiento

del mismo carácter, pero referido a los eslavos) atizaron el expansionismo y el imperialismo alemán y ruso y provocaron la guerra, que significó para el nacionalismo unos éxitos más que menguados: restauración de Polonia; aparición de Austria y Hungría como naciones independientes gracias al imperativo norteamericano de H.W. Wilson; además, se crearon Yugoslavia y Checoslovaquia, falsas entidades políticas que englobaban distintas nacionalidades y que no acallaron a la larga las aspiraciones independientes de bosnios, eslovenos y croatas por una parte, ni las de checos y eslovacos por otra.

III. La segunda guerra mundial (1939-1945) y el nacionalismo:

- Triunfo del paneslavismo ruso
- Supresión de estados y colapso de aspiraciones nacionalistas
- Desintegración del sistema. 1989
- Otros focos nacionalistas

Los desaciertos que caracterizaron los tratados de paz de 1919 (Versalles, Saint-Germain, Trianon, Naully y Sévres) que pusieron fin a la primera guerra mundial incubaron el estallido de la segunda en 1939, en la que los desafueros imperialistas del III Reich alemán alentaron un nacionalismo exacerbado en los órdenes político, social y cultural. La firma de los tratados de Paz de París (1947) puso fin al conflicto, pero una vez más no se atendieron debidamente con el fin de satisfacer el imperialismo ruso y el yugoeslavo, que mantuvieron una situación hermética en este sentido; y en este último caso, la hegemonía servia y comunista ejerció una influencia decisiva.

La creación de estados satélites de la URSS suprimiendo los regímenes democráticos e imponiendo dictatorialmente el comunismo pareció ser un éxito de una nueva forma del paneslavismo, pero todo desapareció a partir de 1989 cuando la descomposición interna del sistema permitió la libre expresión ideológica de los pueblos oprimidos.

Ello ha hecho posible el renacimiento del nacionalismo, que a menudo ha tomado formas violentas. Los nacionalismos han triunfado en la antigua Checoslovaquia (Chequia y Eslovaquia) y en la antigua Yugoslavia (Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina y Servia); y se mantienen vivos otros grupos nacionalistas en la misma ex-Yugoslavia y en otras naciones europeas (Bélgica, Gran Bretaña, Italia, España, Francia y Rusia).

La actitud de la Iglesia

La doctrina de la Iglesia ha sido siempre de una claridad contundente, como corresponde al mensaje de Jesu-

cristo. Su entidad respecto al nacionalismo no es más que una aplicación de los principios cristianos fundamentados en el amor, la justicia, la convivencia y el respeto a la dignidad de la persona humana.

Sin pretender elaborar una síntesis doctrinal sobre esta cuestión, indicamos a continuación su naturaleza expresada en diversos documentos:

Los precedentes más claros aparecen en las encíclicas *Rerum novarum* (1891) de León XIII, *Quadragesimo anno* (1931) de Pío XI y particularmente en la *Summi pontificatus* (1939) de Pío XII donde ya se dice textualmente: «La iglesia de Jesucristo como fidelísima depositaria de la vivificante sabiduría divina, no pretende menoscabar o despreciar las características particulares que constituyen el modo de ser de cada pueblo; características que con razón defienden los pueblos religiosa y celosamente como sagrada herencia. La Iglesia busca la profunda unidad configurada por un amor sobrenatural...».

Esta posición se ratifica y consolida en posteriores mensajes de varios pontífices como son el Radiomensaje de Pío XII (diciembre, 1941), la encíclica de Juan XXIII *Mater et magistra* (1961) (especialmente los números 169, 170, 175, 176 y 181).

Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* (1963) formula los principios básicos de la doctrina cristiana en este punto:

—Las normas que deben regir los derechos políticos se han de basar en la verdad, justicia, solidaridad y libertad, ello como prolongación de los derechos del hombre, traducidos en expresiones políticas que él mismo crea.

—La dignidad del hombre ha de ser respetada y, en consecuencia, se ha de eliminar el racismo, sancionando el principio de igualdad natural de todos los estados (num. 86-90).

—En cuanto a los nacionalismos no realizados, Juan XXIII especifica que el Estado no puede «reprimir la vitalidad y el desarrollo de tales minorías étnicas» (núm. 95) y debe proteger su cultura, «especialmente en lo tocante a su lengua, cultura, tradiciones, recursos e iniciativas económicas» (núm. 96).

—Por su parte, las «minorías étnicas, bien por la situación que tienen que soportar a disgusto, bien por la presión de los recuerdos históricos, propenden muchas veces a exaltar más de lo debido sus características raciales propias, hasta el punto de anteponerlas a los valores propios comunes de todos los hombres, como si el bien de la entera familia humana hubiese de subordinarse al bien de una estirpe. Lo razonable, en cambio, es que tales grupos étnicos reconozcan también las ventajas que su actual situación les ofrece, ya que contribuye no poco a su perfeccionamiento humano el contacto diario con los ciudadanos de una cultura distinta, cuyos valores propios puedan ir así poco a poco asimilando. Esta asimilación sólo podrá lograrse cuando las mino-

rias se decidan a participar amistosamente en los usos y tradiciones de los pueblos que las circundan; pero no podrá alcanzarse si las minorías fomentan los mutuos roces, que acarrearán daños innumerables y retrasan el progreso civil de las naciones» (núm. 97).

Documentos posteriores confirman esta actitud: Pablo VI en *Ecclesiam suam* (1964) (núms. 91, 94, 99), en la *Populorum progressio* (1967) (núms. 31, 44, 48, 62 y 63). De modo particular se hace realidad esta doctrina en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (cap. IV de la parte II, núms. 74, 75 y 76, sobre todo). Todavía Pablo VI insiste en estas ideas en la *Octogesima adveniens* (1971) (parte II, núms. 24 y 26, y parte III, núm. 46).

Juan Pablo II y el nacionalismo

La elaboración del conjunto de la doctrina de la Iglesia sobre el nacionalismo ha sido separada de las aportaciones que a la misma ha efectuado el actual pontífice Juan Pablo II. Con ello se pretende indicar que hay una tradición del magisterio de la Iglesia desde años atrás acerca de este problema.

No es posible verificar aquí un examen de las grandes encíclicas del papa actual indicando los puntos concretos donde se trata esta cuestión, pues se alargaría excesivamente este artículo. Sus ideas son corroboración de la doctrina expuesta destacando las encíclicas *Redemptor hominis* (1979), *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centessimus annus* (1991).¹

Aportaremos, no obstante, las ideas contenidas en tres documentos relativamente recientes en los que Juan Pablo II alude a este problema: el parlamento pronunciado en la Audiencia general del 2 de enero de 1994, la alocución dirigida al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede (15 de enero de 1994) y la homilía pronunciada unos días después en la jornada de oración por la paz en los Balcanes (23 de enero de 1994).

En estos tres documentos destaca la preocupación del pontífice por los problemas que inquietan al hombre en la década de los noventa, precisamente porque aparte de la amenaza que constituyen, impiden la paz y prosperidad, repercutiendo ello gravemente en la dimensión espiritual y sobrenatural a las que debe aspirar siempre.

Después de repasar los focos de tensión y hostilidad en el mundo y de encarecer a los políticos y dirigentes acerca de la urgente necesidad de acabar con estos desequilibrios (alocución del 15 de enero de 1994), el papa especifica las notas eminentes de estos problemas y formula el remedio adecuado:

1. Ofrece especial interés el documento de la Conferencia Episcopal Española «Ante el terrorismo y la crisis del país» (1981).

—Condena los totalitarismos de índole nacionalista o colectivo que prometen futuras situaciones de bienestar basándose «en la obediencia a ideologías de salvación» (alocución del 12 de enero de 1994) y la pretendida justificación de crímenes y torturas efectuados al amparo «de la obediencia a las órdenes» (superiores) y a determinadas ideologías.

—Denuncia de los nacionalismos exacerbados, de los que afirma con toda claridad sus notas características en términos enérgicos: «No se trata de amor legítimo a la propia patria o la estima de su identidad, sino del rechazo del otro en su diferencia, para imponerse a él. Todos los medios son buenos: la exaltación de la raza que llega a identificar nación y etnia, la sobrevaloración del Estado, que piensa y decide por todos; la imposición de un modelo económico uniforme y la nivelación de las diferencias culturales. Nos hallamos frente a un nuevo paganismo: la divinización de la nación. La historia ha demostrado que del nacionalismo se pasa muy rápidamente al totalitarismo» (alocución del 15 de enero de 1994).

—La Iglesia católica está al servicio de todos y no se identifica nunca con una comunidad nacional particular (id.)

—Recuerda la encíclica de Pío XI *Mit brennender Sorge* (1937) con una cita contundente al respecto: «Todo el que tome la raza o el pueblo, o el estado o una forma determinada del Estado, o los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana.. y los divinice con culto idólatrico, pervierte y falsifica el orden creado por Dios» (id.)

—Por último, alude a las nefastas consecuencias del muro de Berlín que durante tantos años ha separado simbólicamente y realmente el oeste y el este de Europa. Su caída en 1989 significó un paso amplio y generoso hacia la paz. Designa a los nacionalismos exacerbados «como nuevos muros que separan Europa de modo diverso» (alocución del 23 de enero de 1994). De esta forma han devenido en ser graves elementos perturbadores del orden político mundial y particularmente del europeo.

Juan Pablo II concluye con una nota optimista, señalando que la Iglesia busca solamente la paz; una paz que llene los corazones de todos los hombres: «Paz a los de lejos y a los de cerca», como dice Isaías (Is 57,19). Esta paz encuentra su culminación con la venida de Jesucristo, que es precisamente su autor. El orden cristiano tiene como fin preservar, propagar y consolidar su identidad, porque Cristo «es nuestra paz», conforme a la enseñanza paulina (Ef 2,14). Esta paz no será un hecho si el hombre colectiva e individualmente no adopta una actitud positiva en su favor a través de los organismos internacionales y los de su propio país que la promueven, alimentando a su vez su conciencia y su corazón con el remedio infalible que es la plegaria a Dios.

El cardenal Vidal y Barraquer y su época

(A propósito de un libro de Francesc A. Picas)

José Vives Suriá

Francesc A. Picas, fiel analista de los hechos de nuestra época, ha publicado un interesantísimo libro: *Les llàgrimes del cardenal Vidal y Barraquer*, con el propósito de substituir la arbitrariedad de la mitología por la verdad histórica y fundado en el análisis lógico de unos hechos que el autor conoce muy bien. El éxito del libro ha propiciado la aparición de una reciente segunda edición. Como hiciera en su obra *L'ombra de Déu*, Picas sale una vez más en defensa de la verdad y ensambla la figura del cardenal Vidal y Barraquer, tan manipulada, en el marco de una crítica documental bien cimentada y de una experiencia viva y personal, seguro de que los hechos ocurrieron tal como los explica y no de otra manera. Bien podemos repetir ahora aquello que Javier Nagore, en su tierna y magnífica obra, *En la Primera de Navarra*, expresa por boca de una vieja vizcaína: «ante un yo lo vi, hay que creer o reventar».

Lo que no se dice y se debe decir

Una insaciable pasión nacionalista, que con frecuencia desfigura y disloca tantas cosas, entenebrece nuestra historia y es proclive a desvincularla de su orientación natural, casi magnética, de integrarse y permanecer integrada en la historia general de España. Parece como si la superior unidad de la época de la dominación romana y de la civilización cristiano-visigótica no hubiesen existido nunca; como si la fragmentación nacida de la invasión árabe y de la posterior y larga etapa de la Reconquista, se hubiese convertido en un mosaico de reinos impermeables y estancos; como si el matrimonio de Ramón Berenguer IV con Petronila de Aragón hubiese de interpretarse con una visión capciosa del nuevo Reino de Aragón; como si el Compromiso de Caspe hubiera sido poco más que un mal paso de unos traidores o de unos aventureros; como si el casamiento de don Fernando de Aragón con doña Isabel de Castilla pudiera considerarse como la continuación de una andadura poco feliz; en definitiva, como si hasta el simple nombre de España fuese la máxima de las sinrazones en la historia de Cataluña. Si el vasto y complejo tejido de la historia se interpreta así, no es de extrañar que al llegar a los días de nuestra Guerra de Liberación Nacional la voraz pasión nacionalista necesite dar un vuelco a lo realmente suce-

dido, convirtiendo a los perseguidores en perseguidos y a los servidores de la Revolución poco menos que en idealistas al servicio de Cataluña, hasta llegar en su caso a transformar al cardenal Vidal y Barraquer en un personaje reconstruido ficticiamente y convertido en una especie de personificación anticipada del nacionalismo sectorial de hoy en nuestra tierra catalana.

Pero esto no es verdad, ni es aplicable al cardenal Vidal y Barraquer en aquellos turbulentos días de la II República Española, ni durante el transcurso de la Guerra de Liberación, ni después que España alcanzase el bien inconmensurable de la paz. En aquellos tiempos de la República el cardenal Vidal y Barraquer era el presidente de los metropolitanos españoles y no existía la bárbara confusión que ahora nos invade y aniquila. Y desde ese cargo asumió la defensa de los derechos de la Iglesia, bien alejado de los criterios apocados y débiles que empuñan nuestro renuente catolicismo de hoy. Veamos a Picas:

«L'admirat Cardenal, a finals de 1935, refusà una condecoració que li oferí el President de la República, que llavors era D. Anicet Alcalá Zamora. Amb tota diplomacia la declinà dient: "Cónstale a V.E. y al Gobierno que el Cardenal de Tarragona jamás aceptará una condecoración concedida por un gobierno perseguidor de la iglesia". (página 15 de la obra dicha).

Aquella etapa de persecución religiosa reavivada con el advenimiento de la II República Española en 14 de abril de 1931, reemprende furiosamente su actividad después de las elecciones de 16 de febrero de 1936, con la imposición del Frente Popular, y se hace día a día menos soportable. Y se extiende en un doble frente: el de la constricción legal y el de la vía de hecho en la calle, con la secuela del incendio y profanación de iglesias y conventos, y de tantos otros desmanes graves y numerosos, que no vamos ahora a referir. Esta irritante opresión, mueve al cardenal Vidal y Barraquer, en representación de los metropolitanos españoles, a empuñar el báculo y hacer oír su voz de buen pastor que defiende a su rebaño. Era el suyo un aldabonazo indudablemente fuerte, que podía resonar en los oídos de todos como una premonición y un aviso. Picas lo relata en las páginas 15 y 16 de su citada obra:

«... el cardenal Vidal y Barraquer, com a portaveu dels Bisbes espanyols, va dirigir el 15 de marg de 1935 a

D. Manuel Azaña, president del govern, una carta queixant-se de la política sectària, la qual posava en perill la pau d'Espanya.

»El metropolità protesta pels incendis d'esglésies i convents. I denuncia la negligència i passivitat de les autoritats davant de l'atropellament dels drets naturals i essencials dels ciutadans. Per aquest camí —subratlla el Cardenal— es va a l'anul·lació del poder públic en mans de la violència agressora, i de la reacció defensiva de la ciutadania que mai no perd el dret natural d'existir amb seguretat i dignitat. Per aquest camí es va a la ruina d'Espanya.»

Aunque la advertencia era muy fuerte, no sería lícito extrapolar el pensamiento de Vidal y Barraquer y convertirle por vía peyorativa en un promotor de la Guerra Civil. Pero menos lícito sería aún presentarle como opuesto a los alzados en armas tres meses más tarde, en aquellos tiempos y en aquellas circunstancias, en defensa de su Dios y de su Patria, que, en definitiva, eran el mismo Dios y la misma Patria del señor Cardenal. La licitud de la guerra justa era entonces doctrina corriente y muy poco controvertida por filósofos y teólogos. Vidal y Barraquer, jurista, no lo desconocía. De ahí su alusión a la «reacción defensiva de la ciudadanía que mai no perd el dret natural d'existir amb seguretat i dignitat». El novedoso cambio de mentalidad con el que ahora suele presentarse al cardenal Vidal y Barraquer no justifica ni legitima la pretensión de falsificar subrepticamente la mentalidad del propio señor Cardenal.

Vidal y Barraquer y la valoración de lo religioso

Vidal y Barraquer tenía un claro concepto de la primacía de lo religioso. Podemos verlo en la siguiente anécdota, muy poco conocida, y que nos parece al respecto muy significativa:

Cuando el Parlamento de la República, arrollando la combativa oposición del reducido grupo constituido por la minoría vasco-navarra y los diputados agrarios del corazón de Castilla, aprobó la Ley de Congregaciones Religiosas, con la consiguiente disolución de la Compañía de Jesús y la expulsión de sus miembros de España, algunos jesuitas permanecieron en nuestra Patria, más o menos camuflados, a fin de seguir ejerciendo sus tareas apostólicas. En la provincia de Tarragona quedó el padre Fernando Torra Sisquella, nacido en Manresa en enero de 1893, y en aquellos días, con poco más de cuarenta años de edad, en lo mejor de su vida. El cardenal Vidal y Barraquer —por cierto, gran amigo de los jesuitas— consideró conveniente que fijara su residencia en la ciudad de Valls, «pubilla i reina del Alt Camp», que tenía entonces una Congregación Mariana espléndida y ejem-

plar, a cuyos componentes los vallenses llamaban familiarmente «els marianus». Y tal como lo oí contar al propio padre Torra en la conferencia pronunciada en el acto de homenaje a don Tomás Caylá el 29 de noviembre de 1986, en el Institut Narcís Oller, de la plaza del Quarter de dicha ciudad, voy a relatarlo ahora aquí.

Entre las varias casas idóneas para dar acogimiento al padre Torra como un miembro más de la familia, con toda seguridad y dignidad, se ofrecían dos posibilidades de rango preferente: la de una casa señera, con numerosos hijos, algunos de ellos todavía de corta edad, y la de la casa igualmente señera de don Tomás Caylá Gran, insigne patricio, soltero y que vivía con su buenísima y santa madre doña Teresa, viuda desde el 31 de marzo de 1919, en que unos pistoleros anarquistas abatieron a tiros a su marido en el momento que acababa de traspasar el umbral de su casa. En las pocas horas que discurrieron entre el atentado y su muerte, el padre de don Tomás Caylá tuvo aún tiempo de perdonar generosamente a sus asesinos y de encarecer a su hijo que jamás alentase en su pecho sentimientos de venganza, ni siquiera emprendiese clase alguna de acción legal contra aquéllos. Solamente el buen Dios sabe el porqué de las cosas. Casi allí mismo, diecisiete años más tarde, perecería vejado y asesinado por los rojos don Tomás Caylá Gran, su hijo, ofreciendo su vida por Dios y por España y perdonando de corazón a sus enemigos, de acuerdo con su Fe y con lo que de palabra y obra le había enseñado a hacer su padre. Dejemos estos recuerdos entrañables y vayamos al hilo de nuestra relación.

En las dos casas señeras a que nos hemos referido se respiraba una religiosidad ejemplar, condición que en aquellos tiempos se valoraba mucho para dar acogida a los religiosos. Se daba, empero, en la de Caylá una circunstancia que podía complicar la elección. Era éste carlista relevante. Tan relevante que en el año 1932 el anciano rey de los carlistas don Alfonso Carlos le nombró jefe provincial de la Compañía Tradicionalista de Tarragona y en el curso del año 1936 jefe regional del Principado de Cataluña. El señor Cardenal no lo dudó ni un momento. Y le dijo al padre Torra: váyase a residir en la casa de don Tomás Caylá. Se encontrará así más expédito para su tarea, puesto que en ella solamente viven él y su madre. Y así lo efectuó el padre Torra.

En la primera anochecida, como se hacía invariablemente todas las noches en aquella cristianísima casa, se reunieron sus moradores para rezar el Rosario. El padre Torra llevaba en sus manos el rosario y se disponía a iniciar su rezo. Caylá, que también tenía el rosario en las suyas, se dirigió al padre Torra y le dijo a la vez con respeto y alguna energía: esto de llevar el rezo del Santo Rosario es cosa del cabeza de familia. Y sin más preámbulos empezó a rezarlo. Así es como a partir de esa no-

che se rezaba el Rosario en aquella casa, que desgranaba en sus dedos de hierro aquel hombre entero que muchos consideramos el primero de todos los patricios de Valls. Desde esa misma noche el padre Torra y Caylá se conocieron mejor y sellaron una amistad tan fuerte, que después de cincuenta años de la muerte de Caylá al padre Torra le temblaba la palabra y se le humedecían los ojos cuando evocaba pausada y amorosamente estas cosas.

Esta anécdota, que tiene mucha miga, no la contamos para vestir al señor Cardenal con ninguna clase de prenda que no sea cardenalicia. Vidal y Barraquer había elegido prudentemente la casa de don Tomás Caylá por estrictos motivos de índole religiosa y eficacia apostólica. Al margen, sin duda, de simples miras humanas y aún de aquellas interpretaciones gratuitas y viciosas que a veces solemos hacer los hombres.

En sintonía con la Iglesia perseguida

De propósito no entramos en las discrepancias del cardenal Vidal y Barraquer respecto a la oportunidad de la publicación de la Carta Colectiva del Episcopado Español de 1 de julio de 1937, que no firmó, ni de la realidad, alcance y naturaleza de las gestiones de paz que se le atribuyen. Picas se refiere a ello sin estridencias y con una congruente argumentación. Pero sí diremos que en aquellas circunstancias y en aquellos días su corazón no podía latir de un modo diferente al de los corazones de Pío XI, de Pío XII y de un sinnúmero de católicos de toda clase y condición, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, acosados y perseguidos por causa de su Fe.

Y, ¿cuál era el pensar de las familias cristianas en Cataluña? Lo diremos en palabras de Picas, que tornamos de las páginas 26 y 27 de su repetida obra:

«... Per a les famílies cristianes de Catalunya, foren tres anys de por i de pànic. Els més valents amb l'ajuda de sacerdots i religiosos amagats, organitzaven l'Església del silenci, de la caritat i de l'esperança.»

«Mai els catòlics de Catalunya no havien viscut tan units i amb tanta autèntica germanor i fraternitat. I no havien estimat mai tant l'Església, la seva Església captiva, aquella Església que llavors no tenia res seu fora dels cors que li havien restat fidels, i el record amorós dels màrtirs.»

«Amb caritat s'amagava, s'ajudava, s'alimentava els perseguits de la Revolució, els que desertaven del exercit republicà i els que volien exilar-se passant la frontera per la muntanya.»

«Centenars de capellans i catòlics perseguits foren acollits per la caritat de la pagesia catalana i en pisos de les ciutats.»

Vidal y Barraquer lo sabía y sufría en su alma la per-

secución religiosa que con tanta entereza y heroísmo soportaba su pueblo.

La lengua en el testamento del señor Cardenal

Vidal y Barraquer escribió su testamento en lengua castellana el 2 de marzo de 1939, durante el cónclave que eligió nuevo Papa de la Cristiandad al que sería después Pío XII, de venerable memoria, y la firma la puso enlazando sus dos apellidos con la y griega, en vez de la *i* latina, introducida por la reforma de l'Institut d'Estudis Catalans. Veamos a Picas en las páginas 93 y 94 de la indicada obra:

«El testament es va escriure al Vaticà el 2 de març de 1939, durant el Cónclave que havia de designar el successor del gran Pontífex Pius XI. El Cardenal, en aquelles dates, tot i malalt estava joiós d'alegria. El terratrèmol que provocà l'esfondrament de l'Església tarraconense havia cessat. Catalunya cristiana s'havia lliberat de l'opressió, i els temples tornaven a ser oberts al culte i els sacerdots havien regresat a les seves parròquies. Però la guerra civil no havia arribat a la seva fi. Continuava a Madrid, al Centre i al Llevant d'Espanya fins al mes d'abril en què es donà l'últim "parte" de guerra amb les frases tan anhelades: "la guerra ha terminat".»

«Hem tingut a les mans un fragment de l'autògraf del testament, i per aquest testimoni ens assabentem, amb gran sorpresa, que el cardenal Vidal i Barraquer va escriure de puny i lletra el testament en llengua castellana.»

«En les edicions dels butlletins i fulls oficials diversos sempre hem vist publicat el testament en llengua catalana, sense fer constar que és transcripció. Tampoc no l'hem vist publicat en dues versions; l'original en castellà i al costat la traducció del text en català, com hauria estat una forma correcta.»

«Quan s'ha silenciada aquesta veritat per política, llavors el silenci equival a un engany al poble.»

«La traducció del testament, presentat com si el català fos la llengua original, fou un afany estúpid de polititzar la vida de l'Arquebisbe, per aquells que pretenien utilitzar el Cardenal per fins polítics. Fou una ofensa i una falta de civisme i de respecte, com si algú en un homenatge a Joan Maragall llegís "La vaca cega" en castellà, o com si volgués amagar que Jaume Balmes no va escriure "El Criterio" en castellà.»

«Els extremistes —añade Picas en la página 116— son sempre ridícols. El Cardenal signava així: Vidal y Barraquer, o sigui amb Y grega com en castellà o en català antic.»

«Ara hem vist d'algú que havia reproduït en clicé la signatura del Cardenal en una publicació i passant-se de

"catalanista", va tenir la falta de respecte desbarrar la cua de la y (grega) i convertir-la en una i llatina».

¿Por qué firmaba así el cardenal Vidal y Barraquer? ¿Por la inercia nacida de una inveterada costumbre? ¿Por qué preferiera la forma ortográfica castellana, en cuya lengua escribía habitualmente? ¿Por qué no estuviera conforme con el hecho de que lo que había de ser una unificación ortográfica se hubiese convertido en una reforma de la lengua catalana, extraña a su natural línea evolutiva, según el parecer de gran parte de los escritores, literatos y filólogos de su época, sobre todo de la de su juventud? Sea lo que fuere, lo cierto es que Vidal y Barraquer firmaba así. Esto podrá achacarse a cualquier motivo, menos a desconocimiento de la reforma establecida por l'Institut d'Estudis Catalans, en un clima de enconadas discusiones y contra la que Ramón Miquel y Planas —por citar una sola muestra— había disertado con nervio y elegancia los días 21 y 28 de junio de 1918 en el Ateneo Barcelonés, cabalmente unos años antes de que Vidal y Barraquer fuese nombrado arzobispo de Tarragona.

Sea de ello lo que fuere, no podemos dudar de que el cardenal Vidal y Barraquer, ahora y en las presentes circunstancias, no se dejaría manipular en beneficio de una situación política en la que las vejaciones y atropellos inferidos a la Iglesia son peores en muchos aspectos a aquellos que padeciera en tiempos de la República, porque si de la violenta persecución religiosa de entonces surgieron legiones de mártires, de la persecución actual brotan una apostasía progresivamente creciente y una impiedad glacial y cada día más extendida.

Conclusión

La historia que con frecuencia se nos cuenta de aquellos alejados años no pasa muchas veces de constituir un montaje que desfigura la realidad de los hechos y el rostro y el alma de los hombres que los llevaron a término. En Cataluña —lo sabemos todos los que entonces vivíamos aquí y lo saben también muchos que aparentan ignorarlo— sufrimos una cruenta persecución religiosa, que se soportaba heroicamente y con la esperanza puesta en Dios y en el triunfo de las armas nacionales. Y en el último suspiro de los sacerdotes y de los religiosos, de los laicos y de los seglares martirialmente inmolados hay siempre el colofón de un ¡Viva Cristo Rey!, frecuentemente enlazado a un ¡Viva España! Aquí quedan todavía —y lástima que no queden todas, porque la prueba sería irrefutable— las cartas de los mártires, y lo muestran también las inscripciones grabadas, como signos visibles de fe, en las paredes de las checas y de las cárceles, que los presos con el incienso de su sacrificio convirtie-

ron en una especie de santuarios y templos de Dios. Y los que no merecimos los honores del martirio entendíamos muy bien la grandeza de la actitud de nuestros mártires, que contrasta con la miseria de muchas de nuestra actitudes de hoy, propias de pueblos —y esperemos que el nuestro no sea uno de ellos— desagradecidos y decadentes.

Como tantas veces nos repite ardientemente nuestro papa Juan Pablo II, felizmente reinante, no tengamos miedos. Y, ahora más que nunca, abramos el corazón a la esperanza de que el buen Dios reine cuanto antes en nuestra sociedad y en nuestra Patria. Nos apoyamos en las promesas, y en la omnipotencia, y en la infinita misericordia del Sagrado Corazón de Jesús. Y nos ilumina el camino la torrencera de luz y de certeza que nace de hechos como el que recoge Javier Nagore en su magnífico libro *En la Primera de Navarra*:

«Como escribía Javier Pascual, gran periodista navarro: Aunque crezcan las matas de "pacharanes" en las tumbas de los voluntarios y se suban las "sargantanas" por las cruces de los cementerios de la Valcorda, nosotros sabemos que nuestros mozos murieron por Dios y por España. Un chico de Sangüesa, un tal Ibáñez, escribió a sus padres una única carta, en papel de estraza. Esta carta la tengo yo, y dice así:

«Queridos padres: Mañana entramos en batalla. Estoy en gracia de Dios. Un abrazo».

Esta carta no se escribió en Cataluña, aunque aquí se escribieron también muchas cartas hermosísimas. Tampoco hay ningún espartano que haya escrito jamás una carta lapidaria como ésta. La hemos recogido aquí, no como una invitación a ningún género de guerra civil —santa paz a los muertos— ni con fin alguno partidista, sino como una ferviente llamada a los valores del espíritu y como la luz de una estrella que puede orientar a unas generaciones de jóvenes que andan perdidos en las tinieblas. Una carta que a mí me gustaría poder firmar, y que conmigo la pudiesen firmar mis hijos, y mis nietos, y todos mis familiares, y todos mis amigos, y mis enemigos, si los tuviese, antes de la pequeña batalla de cada día, y sobre todo en la última y definitiva de la hora de la muerte.

Con toda seguridad una carta así la habría hecho suya, después de besarla y la hubiera honrado con su bendición el cardenal Vidal y Barraquer, que tantas cosas no pudo aceptar ni bendecir y cuya memoria se intenta desfigurar con fines partidistas y sectarios.

Y a Francesc A. Picas, con la gratitud que se merece, una sugerencia: ojalá que su libro *Les llàgrimes del cardenal Vidal y Barraquer* pudiera verse al castellano, a fin de que no pierda eficacia, en frase que no es mía, el valor del valor con que lo ha compuesto y sacado a la luz pública.

GRACIA Y SALVACIÓN. HOMENAJE A BARTOLOMÉ MARÍA XIBERTA, O.C.

Francisco Canals Vidal

En septiembre de 1955, en ocasión de asistir al IV Congreso Tomista Internacional que se celebraba entonces en Roma, conocí por primera vez a fray Bartolomé M^a Xiberta, O.C. (1897-1967), de quien se ha escrito autorizadamente que «es tal vez el mayor teólogo que el Carmelo ha producido a lo largo de los siglos».¹

Posteriormente sólo tuve ocasión de verle otra vez en Barcelona. Por aquellas dos únicas conversaciones, he considerado desde entonces, y cada vez con mayor convicción, al padre Xiberta como uno de mis maestros, con el padre Ramón Orlandis, S.I., y el padre Francisco de Paula Solá, S.I., que dirigió mis estudios sobre san José.

Me dijo el padre Xiberta en aquella conversación de 1955: en torno a «los auxilios de la divina gracia», se implicaron cuestiones que en realidad pertenecían a dos líneas temáticas diversas. Se referían unas a temas pertenecientes a la fe. Tales eran las que se referían a la gratuidad, y carácter «antecedente» a la previsión de los méritos, de la providencia salvífica de Dios, y a la eficacia de la gracia «por sí misma e intrínsecamente». Otras cuestiones, de un orden distinto, en el plano de la explicación teológica y de los instrumentos metafísicos de ésta, se referían a la respectiva afirmación y negación, por los dominicos y los jesuitas, de la «predeterminación física», y al correlativo rechazo o posición de una «ciencia media» sobre los futuros libres condicionados.

No he dejado nunca de volver sobre estas cuestiones, pero sólo muy recientemente he podido comprobar por ciencia propia el acierto profundo de la distinción de planos que tenía tan claramente delimitada el padre Xiberta.

Decía Paulo V, después de haber ordenado la suspensión en 1607 de las «disputaciones» entre la Orden de Predicadores y la Compañía de Jesús: «La cosa ha sido diferida. Que una y otra parte concuerden con los puntos capitales de la verdad católica, y enseñen que Dios, con la eficacia de su gracia, nos excita a obrar y hace que queramos, y doblga y cambia las voluntades de los hombres, de lo que en esta causa se trata; discrepen en el modo de explicarlo, por cuanto los Predicadores dicen que Dios predetermina nuestra voluntad físicamente, esto es real y eficientemente, y, por el contrario, los Jesuitas sostienen que lo hace congruente y moralmente; pero una y otra de estas opiniones puede ser defendida».²

Al describir las dos opiniones opuestas, «que pueden ser defendidas», se describe el modo de explicar los Jesuitas cómo Dios «con la eficacia de su gracia» nos mueve a querer, «predeterminando nuestra voluntad congruente y moralmente», con expresiones que, en su literalidad, parecen referirse al sistema «congruista», que defendió la Compañía de Jesús ante la Santa Sede, e incluso, más precisamente, a las concepciones y terminología que fueron característicos del gran Doctor de la Iglesia san Roberto Belarmino.³

En las disputas *de auxiliis* la Compañía de Jesús había defendido, en efecto, el llamado «congruismo» belarmino-suareziano y, en coherencia con ello, en 14 de diciembre de 1613, el padre Claudio Aquaviva, y cuarenta años más tarde el padre Francisco Piccolomini, recordaban la obligatoriedad de aquella enseñanza. En aquellos decretos se recordaba que: «Dios hace realmente que nosotros obremos, y no sólo nos da la gracia, con la que nosotros podamos obrar».⁴

En el texto citado de Paulo V en 1607, encontramos una clara distinción entre temas, de los que entonces se estaba tratando, pero en los que las dos partes debían ser concordes por referirse a «lo que es capital en la verdad católica», con otros referentes a la explicación del modo por el que la gracia de Dios nos mueve a querer y a obrar el bien.

Pero al haberse diferido la resolución pontificia, la complejidad de los temas tratados, con tanta precisión formulada por el padre Xiberta, pudo manifestarse en prejuicios y malentendidos. Mientras los jansenistas acusaban a la Sede Romana de haber reconocido la libertad de doctrinas «semipelagianas», desde sectores «ultramontanos» se venía a suponer la imposibilidad de cualquier ulterior definición doctrinal, aún sobre aquellos puntos capitales de los que se había tratado, pero que no habían sido realmente puestos a discusión.

En la perspectiva de la historia de las doctrinas teológicas, tales malentendidos se acrecentarían al interpretar como una contingencia histórica, y aún como efecto de cierto oportunismo, el que la doctrina presentada ante

1. En la introducción a la *miscellanea* titulada *In mansuetudine sapientiae* (Roma, 1990). Los datos biográficos y bibliográficos sobre el padre Xiberta se hallan en las páginas 11 a 16.

2. Véase Pesch S.I.: *Praelectiones dogmaticae*, Friburgo de Brisgovia, 1916, vol. V, p. 583. Véase también DS, Suppl. ad 1997.

3. Cfr. el artículo «Grace» de J. Van der Meersch, en *DThCath*, París, 1925, t. VI, cols. 1671 y 1672.

4. Véase el artículo «Jésuites» de Pierre Bouvier, S.I., en *DThCath* París 1924, t.I VIII, cols. 1032 a 1036.

la Santa Sede hubiese sido la de Belarmino y Suárez. Escribió Raúl de Scorraille: «Quizá se facilitó así la defensa de Molina, atendidas las ideas dominantes en aquel tiempo».⁵

El propio autor se encuentra en el caso de reconocer la distancia entre el sistema de Suárez y los errores calvinistas, pero lamenta expresamente el predominio que en la Compañía tuvo, en el tiempo de las disputas *de auxiliis*, su pensamiento: «Ciertamente que toda la Teología de Suárez, sin exceptuar su doctrina acerca de la predestinación, está muy lejos de dar fundamento a los errores de Calvino». «Con sentimiento hemos de decirlo: el sistema que quita la corona y mutila tan tristemente la idea de Molina, lo abrazaron y sustentaron en aquel tiempo varios de los más eminentes jesuitas, y especialmente Belarmino y Suárez, y con ellos Aquaviva: y aún fue presentado como doctrina de la Compañía, e impuesto muy luego en la enseñanza de sus escuelas».⁶

Los tópicos acerca de la evolución de las ideas al com- pás del paso de los tiempos tendieron a presentar cual si fuese la doctrina reconocida como de libre discusión en la Iglesia y asumida oficialmente por la Compañía de Jesús, no ya la negación de la «predeterminación física», y la consiguiente afirmación de la «ciencia media», sino precisamente la negación de la eficacia intrínseca de la gracia.

Había reconocido Pesch, S.I., que «el criterio de fidelidad de los teólogos de la Compañía en materia de gracia y de libertad está en el rechazo de la predeterminación física».⁷

No quiero omitir a este propósito el recuerdo de mi maestro Ramón Orlandis, S.I., que rechazaba enérgicamente las tesis de la predeterminación física y de los decretos predeterminantes, mientras sostenía una posición filosófica afín a Billot, y en lo teológico venía a estar más próximo a san Roberto Belarmino.

En otros autores, con un planteamiento distinto del de Pesch, como en Pierre Bouvier, S.I., hallamos escrito: «La incompatibilidad que les pareció existir entre la predeterminación física y el concepto común del libre albedrío les hizo rechazar la gracia eficaz *ab intrinseco*, enfeudada a la predeterminación física».⁸

Por su parte, Severino González, S.I., rechazando no sólo la posición tomista, sino también la escotista y la agustiniana, sostiene que: «Ningún sistema que afirme la gracia intrínsecamente eficaz puede explicar su concordia con la libertad».⁹

5. Raúl de Scorraille, S.I.: *El P. Francisco Suárez*, Barcelona, 1917, vol. I, p. 416.

6. *Ibidem*, pp. 447 y 440.

7. Véase *Zeitschrift f. kathol. Theol.* 1909, p. 92 (citado en el artículo «Molinismo» de E. Vansteendberghe, en *DThCath*, t. X col. 2172)8. Artículo «Jesuites» de Pierre Bouvier, S.I., en *DThCath*, t. VIII, col. 1027.

9. Severino González, S.I.: *Sacrae Theologiae Summa*, Madrid, BAC, 1953, III. Tractatus III, tesis 33, num. 313 y 324.

Entendido desde la perspectiva de Scorraille, el llamado molinismo diferiría en puntos capitales del molinismo congruista que se defendió ante la Santa Sede, y que fue establecido en la enseñanza de la Compañía por los mencionados decretos de sus prepositos generales. Tal era muy probablemente el pensamiento de Joseph de Maistre, al afirmar en defensa del molinismo que: «Todo sistema públicamente enseñado en la Iglesia católica durante tres siglos, sin haber sido condenado, no puede suponerse que sea condenable».¹⁰

La argumentación del ilustre apologista de la autoridad de los Papas no parece concluyente. La Iglesia definió dogmáticamente la Concepción Inmaculada de María, después de haber respetado durante muchos siglos la discusión del misterio, e incluso de haber formulado prohibiciones que impedían la libertad de acusar de herejía a sus negadores.¹¹ Incluso, en ocasión de la Asamblea galicana de 1682, la Santa Sede se limitó a declarar nulos sus acuerdos, y a exigir que no fuesen asumidos oficialmente en la Iglesia francesa. Pero no se los calificaría como heréticos sino con posterioridad a las definiciones del Concilio Vaticano I sobre la plenitud de potestad e infalibilidad del magisterio pontificio.¹²

En relación al tema a que aludía el padre Xiberta, habría que reconocer que no cabía la posibilidad de que, en orden a afirmar puntos capitales de la fe, se pudiesen formular, no ya cual directivas autorizadas e incluso obligatorias, sino como definiciones dogmáticas, tesis que se movían en un orden diverso y, desde la perspectiva del misterio revelado, subordinado.

Uno de los más prestigiosos adversarios del molinismo, el dominico Billuart, escribió: «Que la eficacia de la gracia consista en una predeterminación física, y que esta predeterminación se extienda a los actos naturales y a lo material del pecado, son cuestiones meramente metafísicas, e incidentales respecto al capital dogma de que la gracia es eficaz por sí misma. Pero que la gracia es eficaz por sí misma e intrínsecamente, lo enseñamos los tomistas como un dogma teológico íntimamente conexo con los principios de la fe y próximo a la definibilidad».¹³

Posteriormente, en 6 de noviembre de 1724, el papa Benedicto XIII, dirigía a la Orden de Predicadores un Breve en el que alababa así a la escuela tomista: «Os gloriáis de que vuestras doctrinas sobre la gracia, principalmente en cuanto eficaz por sí misma e intrínsecamente y sobre la gratuidad de la predestinación..., que habéis laudablemente enseñado hasta ahora, las habéis recibido de los santos Doctores Agustín y Tomás, y de que son concordes con la Palabra de Dios, y lo enseñado por los

10. Joseph de Maistre: *De l'Eglise Gallicane*, t. I, I, c. IX.

11. Cfr. DS, 1426 y 2083-2084.

12. Cfr. DS, 2281-2285 y 3064-3074.

13. Billuart: *De Deo, Dissertatio V* (cfr. el artículo «Prémotion physique» de R. Garrigou-Lagrange, en *DThCath*, t. XIII, col. 65).

Sumos Pontífices, los decretos de los Concilios y los dichos de los Padres».¹⁴

Es digno de notarse que no se mencionan aquí las explicaciones características de la escuela tomista, aquellas a que había aludido Paulo V como opinables.

El papa Clemente XII, el 2 de octubre de 1733, a la vez que declaraba confirmar las alabanzas a las doctrinas profesadas por la escuela tomista, afirmaba: «No queremos detraer algo a las otras escuelas católicas, que sienten diversamente que la escuela tomista en la explicación de la eficacia de la gracia divina, cuyos méritos hacia la Santa Sede son también preclaros».¹⁵

Comprendo ahora hasta qué punto el pensamiento y la actitud del padre Xiberta, O.C., se movían en lo esencial. Recuerdo que en aquella conversación reconoció elogiosamente el tomismo de la Universidad Gregoriana de Roma; donde, como es sabido, los profesores tomistas jesuitas no han profesado nunca las interpretaciones características del tomismo dominicano en la temática *de auxiliis*.

El acierto profundo y nuclear de la advertencia del padre Xiberta en aquella inolvidable conversación, se me ha revelado cada vez con mayor claridad. He aquí algunas afirmaciones, de autores muy significativos, acerca de los puntos capitales sobre los que quiso entonces el padre Xiberta llamar mi atención.

Sobre la eficacia de la gracia escribió san Roberto Belarmino, decidido adversario de las tesis de la «predeterminación física»: «Algunos opinan que la eficacia de la gracia se constituye por el asentimiento y la cooperación humana, de modo que por su resultado se llama eficaz la gracia, a saber porque obtiene su efecto, y obtiene su efecto porque la voluntad humana coopera. Esta opinión es absolutamente ajena a la doctrina de San Agustín, y en cuanto a lo que yo juzgo, incluso ajena a la doctrina de las Divinas Escrituras».¹⁶

En otro gran Doctor de la Iglesia, san Alfonso María de Liguorio, «martillo del jansenismo», hallamos, en su *Tratado de la oración como el gran medio para conseguir la salvación eterna y todas las gracias que esperamos de Dios*, escrito en 1759, y que merece ser considerado como una obra maestra de teología espiritual: «Podemos concluir que nuestro sistema u opinión se acuerda con la gracia intrínsecamente eficaz con la que nosotros infaliblemente, aunque libremente, obramos el bien... No puede negarse que San Agustín y Santo Tomás han enseñado la doctrina de la eficacia de la gracia por sí misma y por su propia naturaleza».¹⁷

14. Véase en el artículo «Molinisme» de E. Vansteenbergh, en *DThCath*, t. XI, col. 2178.

15. DS, 2509.

16. San Roberto Belarmino: *De gratia et libero arbitrio*, I, cap. XII.

17. *Tratado de la oración*, II parte, cap. IV (en la traducción catalana de Foment de Pietat Catalana, Barcelona 1927, en las pp. 249-250).

Por su parte, el insigne mariólogo y josefólogo Francisco de Paula Solá, S.I., para reflexionar sobre «la predestinación de San José», partía de una exposición plenamente fiel a la doctrina de Francisco Suárez.

«Ningún católico puede dudar de que la predestinación es gratuita y antecedente; es decir: Dios, por los justos y misericordiosos secretos de su voluntad determina que Pedro, por ejemplo, se salve. Este es el primer signo, en Dios de la predestinación de Pedro. Luego escoge Dios aquel orden y conjunto de gracias con las que prevé que Pedro terminará el curso de su vida en estado de gracia: segundo signo. Puede entonces destinar a Pedro para el apostolado y precisamente en calidad de Cabeza de la Iglesia. Finalmente determina darle todas las gracias especiales necesarias para esta misión singular».

«De la Virgen Santísima dice el P. Suárez que es muy probable que fue elegida para Madre de Dios antes que para la gloria. Esto quiere decir que en el Decreto Divino respecto a María Santísima el orden de los signos fue el siguiente: Dios determina proveer a su Hijo de una Madre, y escoge a María Santísima; segundo, esta Madre ha de ser digna, y por tanto dotada de extraordinaria santidad; a esta santidad corresponderá también una gloria extraordinaria».

«¿Se puede decir lo mismo de San José? Esto es lo que como probable afirma Garrigou-Lagrange. Y tanto en San José como en María Santísima podríamos formular una ulterior pregunta: ¿Habrían existido en el caso de que no se hubiese verificado la Encarnación?. Nosotros no queremos responder por no contar con datos suficientes».

«Pero sí que conviene tener muy en cuenta la trascendencia de la cuestión primaria: la predestinación de San José a su misión singular, anteriormente a su predestinación a la gloria. Porque de esta precedencia de signos se sigue una excelencia singularísima en la santidad de San José y su inclusión en el orden hipostático».¹⁸

Estas breves páginas no quieren evidentemente contener, ni doctrinal ni históricamente, un estudio sobre los nucleares temas teológicos a que se alude. Insisto en que mi objetivo no ha sido otro que presentar un homenaje al padre Xiberta, el insigne teólogo carmelita catalán.

A los cuarenta años de mi conversación de 1955 con el insigne maestro, las palabras citadas, de autores tan distantes en el tiempo y en la situación cultural, como Belarmino, Liguorio y Solá Carrió, dando testimonio de los puntos capitales sobre la gratuidad e iniciativa divina de la providencia salvífica y sobre la eficacia de la gracia, son para mí una confirmación del acierto profundo de sus orientadoras y magistrales observaciones.

18. Francisco de Paula Solá, S.I.: «La predestinación de San José», *Estudios josefinos*, año XX, 1966 num. 38 pp. 166-167.

CRÓNICA DE LOS «V CURSILLOS DE VERANO RAMON ORLANDIS»

José M^a Manresa i Lamarca

Durante la semana del 10 al 14 de julio tuvo lugar, por quinto año consecutivo, la «Universidad de Verano Ramón Orlandis Despuig». A ella asistieron un nutrido grupo de jóvenes —unos sesenta— con ganas de pasar unos días intensos de oración, estudio y convivencia. No en vano estos cursillos tienen por lema la palabra *FOC*, que responde a las siglas de formación, oración y convivencia, y cuyo significado apunta a aquel gran deseo del Buen Jesús, de incendiar el mundo entero con su amor.

Como viene siendo habitual, las jornadas de estos cursillos veraniegos se dividieron en dos partes bien diferenciadas: la mañana, dedicada a la formación intelectual, y la tarde, reservada para una mayor convivencia; y todo ello presidido por la oración con la que ofrecemos a Dios, de una manera continuada, todas las acciones de cada día. No pocos han alabado el acierto de iniciar este año las jornadas con la santa misa, aunque el cambio viniese motivado por razones de horario. Después de la Eucaristía, comenzaba la primera de las dos conferencias que diariamente se impartían en algunas de las aulas de la Balmesiana. Y, tras un rato de descanso, comenzaba la segunda charla que venía a poner fin a la mañana. Sólo faltaba el rezo del Ángelus y una pequeña «excursión» de cinco minutos escasos hasta el comedor de la Hermandad de Trabajadores de la calle Palau en donde reponíamos nuestras fuerzas con un más que aceptable almuerzo (otro de los aciertos del presente año). Las tardes, como ya hemos dicho, eran aprovechadas para la convivencia y para alguna visita turística (Tiana, Cottolengo) u otra actividad (cine fórum, encuentro de fútbol...), dejando diariamente un no breve rato de oración delante del Santísimo Sacramento.

Si bien otros años se había puesto un mayor énfasis en la oración o en la convivencia, la verdad es que sin olvidar ni mucho menos los dos anteriores aspectos este quinto cursillo se ha caracterizado por haber dado un mayor impulso a la formación. Para ello se ha dividido el cursillo en dos secciones, a saber, el Curso de Iniciación (para los jóvenes de BUP y COU) y el Curso de Continuidad (para universitarios), lo cual ha sido un rotundo éxito de cara al aprovechamiento de unos y de otros. El Curso de Iniciación se propuso iniciar el estudio del carisma del padre Orlandis y para ello trató temas tan variados y profundos como santa Margarita y

san Claudio, santa Teresita, santo Tomás, san Ignacio, el padre Ramière, san Luis María Grignon de Montfort, y, sobre todo, el artículo «Pensamientos y ocurrencias». Por lo que respecta al Cursillo de Continuidad, el tema de «La vida moral cristiana en el magisterio de Juan Pablo II» motivó el estudio de la encíclica *Veritatis splendor*, y dos breves aproximaciones a otros dos documentos del Santo Padre, *Evangelium Vitae* y *Tertio Millenio Adveniente*.

Durante estas largas e intensas sesiones de formación tuvimos la suerte de contar con unos conferenciantes cuya capacidad y, sobre todo, generosa entrega docente conocemos de sobras. Merecen nuestro humilde agradecimiento y nuestras pobres oraciones los profesores de estos cursillos: F. Canals, J. M^a Petit, J. M^a Alsina, A. Prevosti, J. J. Echave, G. Manresa, J. Soley, y los dos «neomossens», J. M Alsina e I. M. Manresa. Su propósito de entusiasmar a la juventud en la búsqueda de la Verdad y en su seguimiento, nos ha parecido más que colmado después de ver que no raras eran las conversaciones de estos jóvenes que versaban sobre las materias explicadas, ni menos escasas las dudas preguntadas a los conferenciantes en hora «extra-escolar»; tanto era el interés con que se tomaron estas conferencias que incluso, entre una y otra había un grupo de chicos y chicas que dialogaban sobre ella diariamente, lo cual nos convenció del acierto del nombre del Cursillo: «de continuidad». Además, es preciso mencionar otra novedad del presente año, cual fue el cine fórum en el que, bajo la dirección y moderación del señor Subirachs, vimos, analizamos y criticamos el clásico film *El tercer hombre*, que daba mucho que hablar sobre el tema «moral» que estábamos estudiando.

El viernes, día de la clausura del Curso, se inició con una conferencia del doctor Petit sobre el padre Ramière y el Apostolado de la Oración, con motivo del 150 aniversario del mismo, que todavía estamos celebrando. En ella nos lanzó esta tan atrevida como verdadera afirmación: «así como la devoción al Sagrado Corazón es la más perfecta de las devociones, así también el Apostolado de la Oración es la más perfecta de las asociaciones» porque, como explicó, sin anular el carisma propio de cada una de ellas, les aporta lo más esencial y fecundo de la vida cristiana, a saber, la oración y el ofrecimiento

que nos unen al Corazón de Jesús y adelantan la salvación del mundo. Y terminó diciendo que «sin el padre Ramière no habría habido padre Orlandis, al igual que sin el Apostolado de la Oración no habría existido Schola.» Por lo tanto, «que nadie me venga hablando, —cito textualmente— del padre Orlandis si no es discípulo del padre Ramière»,

Y como agua de mayo esperábamos la última conferencia de la «V Universidad de Verano» en la que nuestro querido doctor Canals nos tenía que explicar algo muy interesante... a decir por el sugerente título de «Colaborad!». Y en verdad que fue interesante. Nos explicó que el padre Orlandis, nuestro querido padre Orlandis, siempre repetía seis veces seguidas las cosas y siempre insistía en lo mismo: «Ací, ací, ací, ací, ací, ací!!!» decía a menudo; y «Col.laboreu, col.laboreu,...!!!», repetía no menos veces. Y el sentido profundo de lo que en aquella sucesión de palabras se encerraba nos lo iluminó a la luz de dos pasajes del Evangelio: el primero, Mt 18,19-20: «Donde dos o más están reunidos en Mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos»; y el segundo: Gál 6,2: «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis del todo la ley de Cristo». Alguno se preguntará qué rela-

ción tienen todas estas frases. Pues muy sencilla: así se ha formado Schola y así debe seguir, «colaborando» unos con otros «aquí» y aguantándonos nuestras miserias por amor de Aquél que se ha dignado vivir entre nosotros y dar a nuestras pobres obras un fruto *ultra quam speraverint*. Un ejemplo de ello son estos Cursillos de Verano.

Al final, el doctor Petit, como Presidente del Cursillo, entregó a los jóvenes participantes unos diplomas de asistencia (otra grata novedad del presente curso) y, después de las fotografías de rigor, nos preparamos para clausurar la V Universidad de Verano con la celebración de la Santa Misa que presidió el padre Suñer, consiliario de Schola. Por último, los asistentes y también sus familiares pudimos gozar de un aperitivo de despedida.

En definitiva, el Buen Jesús nos regaló con unos días preciosos en los que recibimos una pequeña semilla que ahora debemos hacer fructificar con nuestra oración y nuestro estudio. Pero no olvidemos que primero debemos dar gracias a Dios por todo, por el padre Orlandis, por Schola, por estos cursillos, por quienes los han hecho posibles... pues si somos agradecidos al buen Dios seguirá derramando sus misericordias sobre nuestras pobres vidas.

CURSOS DE BALMESIANA 1995-1996

Balmesiana es una institución privada fundada por el P. Ignacio Casanovas, S.I., con el fin de «promover la cultura religiosa superior» (art. 1.2); dispone para ello de una importante Biblioteca abierta al público, edita las revistas *Analecta Sacra Tarraconensis* (de historia eclesiástica) y *Espiritu* (de filosofía), y organiza periódicamente conferencias y cursos de formación religiosa..

CURSO DE FILOSOFÍA «Cátedra Juan Roig Gironella, S.I.»

Se ha distribuido la materia en tres años, cuyo orden de asignaturas es el siguiente:

- I. — Filosofía griega
 - Lógica
 - Filosofía de la Naturaleza
 - Antropología
- II. — Filosofía cristiana
 - Filosofía del Renacimiento
 - Metafísica
 - Teología natural
- III. — Filosofía moderna
 - Filosofía contemporánea
 - Ética
 - Ética social

Este año se expone la materia del primer curso. Los profesores serán, respectivamente, Enrique Martínez (24 octubre-28 noviembre), Dr. F. M. Fernández (5 diciembre-23 enero), José M. Moro (30 enero-5 marzo) e Ignacio Guiu (12 marzo-23 abril)

CURSO DE TEOLOGÍA «Cátedra Francisco de P. Solá, S.I.»

A cargo del Dr. Francisco Canals Vidal, miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás.

Se ha distribuido la materia en tres años, cuyo contenido y orden es el siguiente:

- I. — Introducción a la Teología
 - De Dios Uno y Trino
 - De Dios Creador y Divinizador
- II. — Pecado y designio redentor
 - Cristo, el Verbo Encarnado. Mariología
 - La Gracia de Cristo
- III. — La Iglesia
 - Los Sacramentos y la vida cristiana
 - Escatología

Este año se expone la materia del tercer curso. Se atenderá constantemente como fuente en este curso de Teología sistemática al CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Las clases tendrán lugar los martes (Filosofía) y los jueves (Teología) de 19.30 a 20.30 h; desde el 24 de octubre hasta el mes de mayo, en los locales de Balmesiana.

La matrícula por año es de 7.000 pts. (4.000 pts. estudiantes) y por una sola asignatura es de 2.500 pts. (1.000 pts. estudiantes). Se abonará al inicio del curso o asignatura correspondiente.

GOIGS EN LLOANÇA DE LA MARE DE DEU DE MONTSERRAT

Escrits per Mn. Jacint Verdaguer, Prev. i il·lustrats amb sis xilografies de la Moreneta, antigues i anònimes.



Puix floriu com una rosa
en lo cor del Principat:
*Mirau-nos sempre amorosa
Princesa de Montserrat.*

Quan Jesús en creu expira,
angelets amb serra d'or
serraven vostra cadira,
gentil Reina de l'amor;
vos la feren tan hermosa
que hi seguèreu de bon grat.
Mirau-nos...

Barcelona us ha tinguda
com sa perla un ric anell,
mes del moro combatuda
vol salvar tan ric joiell;
la muntanya s'és desclosa
per tenir-lo ben guardat.
Mirau-nos...

Les estrelles vos mostraven
molts dissabtes a uns pastors,
mentre els àngels les baixaven
tot cantant himnes a chors;
d'aqueix cel que en terra es posa
vol gosar-ne el bon Prelat.
Mirau-nos...

Y. Els seus fonaments dalt la muntanya santa. R. El Senyor estima les portes de Sió més que de Jacob tots els tabernacles. PREGUEM O Déu, Vós que concediu tots els béns, i que gloriifiqueu amb un culte insigne la muntanya escollida per l'excelsa Mare del vostre Fill unigènit; feu que, ajudats amb la poderosa protecció de la Immaculada sempre Verge Maria, puguem arribar amb seguretat a la Muntanya, que és el Crist, que amb Vós viu i regna per tots els segles dels segles. Amen.

Vostra olor de primavera
va guiant-lo al lloc feliç
on florieu, Rosa vera
del roser del paradís.
El perfum d'aqueixa Rosa
per lo món serà escampat,
Mirau-nos...

En sos braços vos ha presa,
plorant llàgrimes d'amor,
per portar-vos a Manresa
on tindreu retaule d'or.
Processó majestuosa
va cantant per lo serrat.
Mirau-nos...

Arribant a on sou ara,
no voleu passar avant;
com que sou la nostra Mare,
voleu veure'ns d'aquí estant;
a sa Mare bondadosa
Déu per fills nos ha donat.
Mirau-nos...

En vostra santa capella,
vos vingué a veure Colón,
i potser fóreu l'estrella
que el guiàreu al Nou Món.
Quan als peus d'Espanya el posa
Vós un temple hi heu fundat.
Mirau-nos...

A Joan d'Àustria guiàreu
a les aigües de Lepant,
amb ses naus allí enfonsàreu
a Mahoma agonitzant.
Amb la creu victoriosa
la mitja lluna ha eclipsat.
Mirau-nos...

Sant Ignasi de Loyola
fundà amb Vós la Companyia;
i aprenqué en la vostra escola
qui fundà l'Escola Pia.
De Nolasc guia amorosa,
molts captius heu llibertat.
Mirau-nos...

Desdelcim d'eixa muntanya
beneïu nostre país,
beneïu tota l'Espanya,
féu-ne vostre Paradís.
Dels fidels Pastora hermosa,
beneïu vostre ramat.
Mirau-nos...

Puix floriu com una rosa
en lo cor del Principat:
*Mirau-nos sempre amorosa,
Princesa de Montserrat.*